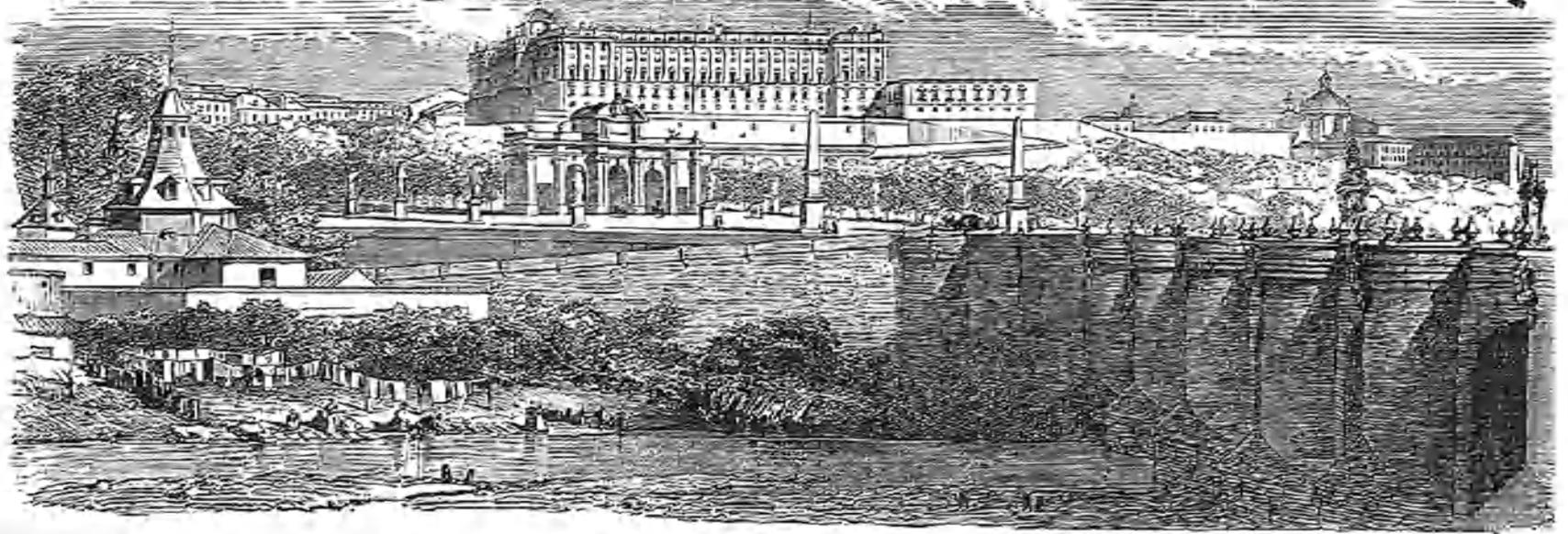


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE MARZO DE 1872.

NÚM. 53.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. José Fernández Bremón.—Crónicas de la quincena, por D. E. Pérez Galdós.—Algunos Breves rasgos para la Biografía del Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa, por D. Pedro de Madrazo.—Una novela por entregas, por don Peregrín García Cadenas.—Don Marcelino García Obregon, por X.—Explicación de los peinados, por S.—Puente del Diablo, por X.—La sección cuarta del Museo Arqueológico Nacional, por D. Fernando Fajó.—Arco de Santa María, en Burgos, por X.—Los conciertos y el cigarro, por D. Antonio Peña y Gobi.—La visita, por M.—El muralismo (poesía), por D. Manuel del Palacio.—Modas, por Doña María del Pilar Santes de Navas.—No hay deuda que no se pague... Cuanto original (continuación), por D. Antonio Romea.

GRABADOS.—El teniente coronel D. Marcelino García Obregon, dibujo de D. Alfredo Peres.—Puente del Diablo en Martorell, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Excmo. señor D. Eugenio de Ochoa, copia de un retrato pintado al óleo por el Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo, dibujo de D. Alfredo Peres.—Arco de Santa María, en Burgos, dibujo del Sr. Asensio.—La visita, cuadro pintado por D. José Casado del Alisal, dibujo de D. N. Meja.—Una sala del Museo Arqueológico de Madrid, dibujo de D. N. Fuster.—Museo Arqueológico de Madrid. Pateal; Amphora; Oxybaphos; Hydria, dibujos de D. N. Fuster.—Modas: últimos peinados, dibujos de D. Daniel Péro.

mi turbia inteligencia sólo distingue en torno mio, insectos que se arrastran, pájaros que trinan, hombres que cruzan, flores que se marchitan y nubes que se alejan.

Y sin embargo, un solo instante de atención, convierte en famoso al hombre más oscuro, en pobre al rico, en sabio al ignorante: Allan-Kardec habia pasado su vida rodeado de seres sutilísimos que seguían sus pasos, se sentaban á su mesa ó retozaban en su cama, sin sospechar la existencia de aquellos espíritus diáfa-

nos; un momento de lucidez bastó á aquel hombre para ponerse en comunicación con el mundo desconocido de las almas, y formar la secta espiritista. Desde entonces, los espíritus más graves visitaron su casa y escribieron con su lápiz; sus mesas y veladores volaron sin alas por el cuarto; sus amigos descansaron apoyados en el techo como globos, y una guardia de honor, invisible, protegió sus cristales contra las pedradas de los espíritus dañinos.

Predicado el espiritismo de pueblo en pueblo, imprimió libros, redactó periódicos, abrió cátedras y sostuvo disensiones. Doncellas epilépticas, impresionadas por los fenómenos más extraordinarios, juzgaron hallarse en íntimo contacto con los seres misteriosos: en el viento que penetraba por las rendijas, creyeron sentir el beso frío de un cadáver, y tomaron la opresión de su corsé por los abrazos brutales de un espíritu lascivo. Los médiums se introdujeron en las casas, sirviendo de intérpretes á los padres y mirando de reojo á las muchachas. San Agustín, San Luis, Santa Teresa, Newton y Cervantes, se expresaron en términos democrático-modernos, asegurando tener más sabiduría que los hombres, aunque sus respuestas jamás lo demostraban. Cervantes, por ejemplo, no se atrevió á contestar en su clarísimo lenguaje, temiendo no ser comprendido, y dió respuestas nebulosas en las frases más ambiguas. Los apóstoles de la secta, prometieron, en fin, completa moralidad á los iniciados, no obstante la intervención continua de espíritus malévolos, y conservaron su seriedad apesar de las travesuras de otros espíritus burlescos é informales, que unas veces hacen saltar el tapon de las botellas para beberse el contenido, otras echan la zancadilla á una persona para que ruede por el suelo, ó descargan el fusil de un centinela para alarmar al vecindario, ó llenan de pasquines las esquinas, ó se colocan cerca del que sólo tiene un fósforo para apagarlo con un soplo.

Hubiera sido humillante para España no organizar una asociación que rindiese culto á la religión de los

ECOS.

Preocupado mi espíritu por la lectura de grandes y continuos descubrimientos, he llegado á vivir en una alarma permanente. El vuelo de la mosca, el murmullo del agua, el aroma de un frasco, las débilísimas boqueadas de una lamparilla ó cualquier otro fenómeno de los más vulgares, parecen que tratan de revelarme una ciencia nueva, ó un finido no descubierto, ó los perdidos misterios de la magia: creo que todos los seres de la creación me están haciendo señas para que observe sus movimientos, estudio su reposo, analice su estructura ó tome la medida de su sombras: figúrome que se ríen de mi ceguera, y pasan á mi lado, ó se detienen ante mí, resolviendo problemas científicos, publicando secretos, revelando la clave de la vida y ofreciéndome la felicidad, mientras



EL TENIENTE CORONEL DON MARCELINO GARCÍA OBRÉGON.

incrédulos. Felizmente poseemos el círculo espiritista que ha inaugurado sus discusiones públicas hace pocos días. Al leer la noticia en los periódicos, no pude menos de lamentar que las antiguas y olvidadas brujas no encontrasen en sus tiempos defensores tan ilustrados y elocuentes: á ser así, los que hoy se llaman medium videntes ó mecánicos, se llamarían simplemente brujos; y en vez de manchar cuartillas todas las noches, saldrían los sábados por las ventanas del círculo montados en sus lápices.

Porque, en realidad, los espíritus son brujas decentes.

Para salir de ciertas dudas, quisiera ser medium vidente, ó lo que es lo mismo, tener la facultad de distinguir á esos innumerables seres que pasan por delante de nuestros ojos sin hacer impresion en la retina, más diáfanos que el cristal é impalpables como el aire.

Sabría entonces positivamente, sorprendiéndolos en la falta, qué espíritus glotones ó traviosos merman el acedó en las despensas, quitan á la olla la sustancia, divulgan las conversaciones más secretas, llenan de barro las botinas que no se han estrenado, revuelven los papeles guardados bajo llave, introducen en las casas correspondencias amorosas y cometen otros actos que el vulgo ignorante atribuye á los criados.

Vería á quién contestan los que pasan hablando solos por la calle; qué visitas reciben las mujeres á quienes sus maridos dejan encerradas; quién persigue á los pájaros cuando revolotean asustados dentro de la jaula; y qué espíritu de fabricante de cristal rompe tan á menudo los tubos de las lámparas.

Cotejaría, si no con el original, con su representación más autorizada, todos los retratos que se suponen de Cervantes. Observaría cómo deciden las elecciones los espíritus ministeriales que se esconden en las urnas. Vería las espaldas que reciben todos los golpes de Estado, y los duendes que intervienen en las crisis misteriosas.

Me asomaría al taller donde se labran reputaciones literarias, para conocer los secretos de esa industria, y averiguaría quiénes son los espíritus que imponen silencio á los aplausos legítimos. Vería el mundo fantástico de donde toman sus composiciones el pintor, y el poeta sus imágenes. Y volvería la espalda á esta vida de tristes realidades, para mirar en otra vida de ficciones halagüeñas.

Pero acaso todos somos mediums videntes, cuando dormimos; las almas de los amigos, los héroes de las novelas y los personajes de la historia, se unen entonces á nosotros, nos acompañan y nos halagan, ó nos mortifican y persiguen.

Por esta razón creo, pensando piadosamente, que los mediums verdaderos han soñado todos los prodigios de que hablan sin verse.

Cuando un medium, lápiz en mano, traza renglones en un papel, asegurando que Hipócrates le dicta sus cuartillas, es preciso creer en el milagro, ó faltar á la cortesía volviéndola la espalda.

Sucede lo mismo en este caso, que cuando los indios enseñan una de sus reliquias más sagradas: introducen al devoto en un aposento sin ventanas ni rendijas, asegurando que la oscuridad del santuario es la sombra del gran Buddha conservada entre paredes.

Dixán algunos que el milagro indio desaparecería con sólo encender una cerilla: yo creo que los monjes hallarían argumentos para insistir en el milagro.

Evóquese á Hipócrates con la intervención de un medium que no sepa medicina, y seguramente, en vez de contestar á aquel famoso griego, responderán en su nombre los espíritus burlones.

Estos espíritus son tan socorridos como los cajistas en la prensa. Falta un escritor á la ortografía ó comete un barbarismo, y se atribuye la falta á los cajistas.

Se congratulan los espiritistas de haber triunfado en muchas discusiones.

Si los que habitan en el Nuncio de Toledo, propusieran á los cuerdos un debate acerca de sus delirios y manías, y el mismo Pico de la Mirandola resucitase para combatir tales extravíos ante un concurso de monomaniacos, saldría triunfante el abogado de los locos.

En dos categorías pueden dividirse los oradores que defienden el espiritismo.

Oradores sin fé, á los cuales no es posible conceder aquello en que no creen.

Y oradores de buena fé, de los cuales no es fácil ex-

plicarse cómo Dios los ha concedido el don de la palabra.

Pero bien mirado, no hay manera de discutir seriamente con los espiritistas, porque la polémica debería sostenerse en nombre del sentido común ó en nombre de la ciencia.

Y resulta este círculo jocoso: el espiritismo se burla de la ciencia y el sentido común se ríe del espiritismo.

Es lamentable el divorcio del espiritismo y la ciencia: á no existir entre ambos semejante abismo, podrían auxiliarse mutuamente.

El espiritismo no tropieza á cada instante y la ciencia resolvería muchas dudas.

Se sabría el paradero del rey D. Sebastian; se harían grandes podas en los árboles genealógicos; se averiguaría si hay consanguinidad entre los hombres y los monos, y el medium más mecánico resolvería la cuadratura del círculo sin vacilar y en un instante.

Desgraciadamente, Franklin no ha indicado sobre la electricidad ninguna idea nueva, hoy que nos servimos de ella hasta para llamar á los porteros. Necker no se ha servido dar un buen consejo á nuestros hacendistas para salir de sus apuros. Copérnico no se ha dignado señalar un nuevo planeta, cuando hoy los descubre cualquiera que posea unos gemelos de teatro.

Lástima grande que no podamos leer en *La Correspondencia* un sueldo de este género:

«Mañana, miércoles, por la intervención del medium D. Fulano, Hipócrates explicará en el Ateneo las primitivas causas de la tisis, y el reputado Peró Grullo dirá lo que hay de verdad en la política española.»

La penúltima palabra del progreso para los procedimientos criminales es el jurado. Falta todavía dar un paso y pedir el jurado espiritista: es indispensable añadir en el Código penal un artículo redactado en estos términos:

«Cuando no sean hábiles los autores de un crimen, todos los mediums videntes se considerarán como encubridores.»

Y creo muy razonable que en el círculo espiritista haya siempre un medium de guardia, para prevenir toda clase de delitos: esto daría un nuevo triunfo al alma sobre la materia; al espíritu del medium sobre el cuerpo de policía. Los malhechores se abstendrían de todo crimen; las arcas de hierro se convertirían en picos y azadones; las cárceles en falansterios; las conciencias en hojas de periódicos.

Oigo ruido: el aire ondula en mi alcoba; siento rocas suaves en mi cuerpo.

Todo me anuncia la presencia incorpórea de seres sobrenaturales.

Mis cabellos se erizan: mentalmente pido perdón á los espíritus.

Pero el ruido aumenta y vuelvo la cabeza con espanto: mi gato sale pausadamente de la alcoba abriendo la boca y levantando el espinazo.

Si no hubiera vuelto la cabeza sería espiritista.

Bien mirado el asunto, casi estoy decidido á retractarme de todo lo que he escrito.

No es conveniente indisponerse con los espíritus dañinos, que pueden dar un asalto á mi despensa, ó disparar en mi alcoba plazas de artillería, ó darme una sacudida de sartenes, ó imitar en mi casa un terremoto, y hacerme sufrir interminables vejaciones. Ni es prudente combatir á los que tienen el poder de evocar mi espíritu mientras duermo, y pasearle desnudo por las calles.

Y es más agradable y provechoso tener confidencias espiritistas con las damas, servir de amanuense á Numa Pompilio y Galileo, recibir favores mundanos á cambio de servicios espirituales, y guiar á gentes impresionables y sencillas.

Acaso me decida: tal vez llegue á ser medium, y cuando vayan á visitarme los amigos, me encuentren pegado al techo, violando la ley de gravedad impunemente.

Concluyo haciendo una advertencia: por indisposición de mi querido amigo Florez, el lector se ve privado en este número de sus *Recos* interesantes é ingeniosos. Si los míos no agradan, como creo, conste que me los han dictado los espíritus burlones.

José FERNÁNDEZ BARRÓN.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Es triste que habiendo terminado nuestra última crónica con el desagradable comentario de una muerte, tengamos que comenzar ésta con el de otra. Está de Dios que estos artículos no puedan ser tan alegres como al principio nos propusimos, contrariedad ocasionada no sólo por la muerte, sino por acontecimientos públicos de tan peligrosa trascendencia, que difunden cierta melancolía por las columnas de toda la prensa española, lo mismo la política que la literaria.

Peró dejaremos para después éste segundo punto, y nos quedaremos por ahora sólo con la muerte, trayendo á la memoria la persona y las obras del Sr. D. Eugenio de Ochoa, cuyo fallecimiento, acaecido en los últimos días de febrero, fué motivo de verdadero luto, no sólo para los que le trataban y habían tenido ocasión de apreciar sus virtudes y eminentes prendas así morales como intelectuales, sino para aquellos que sólo tenían con él esas relaciones impersonales y vagas que establecen los escritos literarios y la mútua lectura. Si las letras no fueran tan gran cosa porque cultivan y depuran el sentimiento de los pueblos, haciendo más agradable la vida y quitando al hombre gran parte de su natural aspereza; qué nobles no serían por establecer tan íntima y cariñosa fraternidad, aún sin que medie el trato social, entre los que se dedican á ellas, con más sinsabores que provecho, sobre todo en nuestra España!

En el gremio literario hay aquí mucho que no merece gran estimación; *Bohemia* infelizada que ha olvidado la gracia sin mejorar de costumbres, y es tan inútil para la sociedad como para la literatura. Pero al mismo tiempo hay individualidades tan simpáticas, tan apreciables y venerables por todos conceptos, que cuando la muerte viene impensadamente en busca de alguno, no es posible reprimir un sentimiento de angustia, como si nos unieran con ellos lazos más estrechos que los de la admiración.

El Sr. Ochoa era hombre de esta clase. Su talento era de esos que convence al pronto y conquistan un amigo en cada lector, por la insinuación amena de su forma, por la sinceridad de sus opiniones, por cierta entereza de pensamiento, mezclada de la dulce modestia que le ha sido siempre propia. Resplandeció en todas sus escritos una encantadora afabilidad, libre de afectación cortesana; y ya escribiendo crítica, ya disertando sobre temas de moral, de costumbres ó de filosofía, siempre nos ha cautivado aquel reposo inefable, no turbado por la duda; aquella bondad, aquella honradez, cualidades todas que, haciendo uno solo del ser moral y del escritor, imprimían un sello de indeleble personalidad á cuanto producía su pluma. La claridad observando, la reposada vehemencia sintiendo, la rectitud al pensar, todo lo que constituía su persona de literato y de hombre, era fuerte motivo para que se sintieran inclinados á quererle cuantos le leían. Y no digo esto fundándome en impresiones propias, pues no parecerían imparciales en quien, gracias á la tolerancia crítica del Sr. Ochoa, tuvo motivos para quedarle constantemente agradecido. El juicio que precede es el juicio unánime del público, y resulta de observaciones hechas antes de que aquel eminente escritor escribiera en este mismo periódico palabras dictadas por su extremada bondad y su grande amor á la juventud, de que siempre fué consejero y guía.

Muerto en edad madura, pero no tan alta que no pudiera contar aún con muchos años de trabajo y de gloria, el Sr. Ochoa ha dejado una multitud de obras, entre las cuales las hay de pura invención, como poesías y dramas; traducciones admirables del francés y del latín, como la monumental traducción de Virgilio, y por último producciones de crítica literaria, de viajes, artículos varios, compilaciones, prólogos y trabajos de erudición amena.

Romántico en su juventud, más por la influencia de la época que por propio temperamento, escribió varias poesías, y poco después el drama *Incertidumbre y amor*, que alcanzó gran éxito, representado por Julia Romea y Matilde Díez. Establecido en París en 1837, emprendió traducciones varias y difícilísimas, pues empeñado en comunicar literariamente ambos países, lo mismo traducía del francés al español que de éste al francés, empresa en extremo difícil, que sólo podía llevar á cabo dignamente quien tan á fondo conocía ambos idiomas, siendo para él igualmente fácil expresarse en uno ó en otro. El compiló además las obras de Figaro; dió á conocer en la América latina las mejores obras de la España moderna, y haciendo en París lo que aquí por lamentables causas no era preciso hacer, dió gran impul-

so al comercio de libros españoles con las repúblicas hispano-latinas del Nuevo Mundo.

Pero su obra maestra en este linaje de trabajos es la traducción de Virgilio, la más bella y concienzuda de cuantas se han hecho en España por laboriosa humanista. Es increíble el encanto con que se lee en prosa castellana los mejores trozos de elocuencia épica que escribió el gran mantuano, y dadas las relaciones de nuestra lengua con su antigua y noble madre, conocidas las diferencias esenciales que entre ambas existen, no es posible decir mejor y más llanamente en español lo que se ha pensado con tanto vigor en latín. Además del mérito literario de esta versión incomparable, el Sr. Ochoa ha hecho en ella una depuración exquisita del texto, adoptando la edición cuarta de Heyne, publicada en Leipzig desde 1830 á 1841, y que pasa entre los eruditos por la más conforme á la ortografía virgiliana. En esta Ilustración se ha publicado un artículo, en el cual su actual director ha juzgado extensamente la obra del Sr. Ochoa.*

Una multitud extraordinaria de artículos críticos y literarios completan la corona literaria de este eminente escritor, cuyos trabajos en tan varias materias merecen ser coleccionados para que no se pierdan en el *mare magnum* de confusiones y de olvido que constituye la prensa periódica, y para que la posteridad forme idea acabada y concreta de quien con tanto talento y asiduidad cultivó las letras.

Pasando de esta fúnebre memoria á los sucesos presentes de la vida pública, no es probable que pierda este grónica el tono melancólico y la expresión sombría con que ha comenzado. La coalición es el tema principal en todos los círculos, y ha de observarse, decimos esto con toda imparcialidad, que hablando de ella, se ponen igualmente celosos y tristes los que la combaten y los que la defienden. No haremos ni lo uno ni lo otro respetando y conservando la dulce neutralidad de estas páginas donde las apacibles artes tienen su asiento, y donde ningún discordante ruido de la política debe hacer su habitación. Únicamente nos será permitido una pequeña referencia histórica, diciendo que aquel acontecimiento, grave bajo cualquier aspecto que se le mire, fué llamado primero *coalición nacional*, por cierto con tendencias tan pavorosas, que ponían miedo en los corazones de los más despreocupados y aventureros. Más tarde la coalición ha descendido de aquel tripode misterioso y trágico en que al principio se sentó, para ser tan sólo un convenio electoral. No censuraremos este repentino achicamiento de máquina tan terrible, y ya fuera la conveniencia, ya fuera el patriotismo, el móvil que determinó un cambio por el cual se quita parte de su fuerza y alcance á aquel proyecto, no debemos entristecernos porque las cosas se encierran en sus naturales límites. La agitación pública es grande en Madrid y en provincias, y hasta que la urna electoral, la temida y siempre consultada esfinge, no hable con lenguaje solemnina para aclarar todos los enigmas y disipar todas las dudas, debemos esperar, sin dar gran importancia al astro profético de los variacioneros.

Hace poco el telégrafo nos trajo la noticia de un atentado contra la reina Victoria, persona que nosotros creíamos libre de esta clase de susos, no sólo por su carácter, sino por la cordura y espíritu monárquico del pueblo inglés. La cosa no ha sido más que una de esas bromas pesadas que suelen tener los locos, pues después de haberse ocupado el telégrafo en comover á todos los países que disfrutan de los beneficios de la electricidad, resultó que ni la pistola del desharrapado joven irlandés estaba cargada, ni aunque tuviera todas las metrallas de la guerra franco prusiana, habría podido hacer fuego, á causa de estar tomada de orin y en estado de completa ruina.

Sin embargo, apesar de que esto no ha sido cosa de fundamento, Inglaterra está y estará siempre muy alerta con la cuestión feniana, y más aún con la propaganda republicana del partido que capitanea mister Dilke, partido cuyos ruidosos *meetings* han conmovido recientemente la vasta capital de la Gran Bretaña. Si las instituciones tan liberales como antiguas de aquel linde país fueran imprudentemente modificadas, y se apoderaran del gobierno clases sin representación territorial ni verdadera capacidad moral para tan gran fin, no sería difícil que las gravísimas complicaciones que adigien el continente aparecieran más formidables en

la hasta hoy afortunada y siempre envidiada isla. La cuestión social, el tremendo enigma del porvenir, no alzará la cabeza en ninguna parte de un modo tan asustador como en la fabril Inglaterra, donde la miseria y los dolores del proletariado, que tanto exageran los propagandistas de la *Internacional*, tienen un fondo de verdad no disimulado por el lujo y el sibilismo de la ciudad que merece con mejores títulos que París el nombre de Babilonia.

En París están en pleno anacronismo literario. ¡Ray Blas! ¡Cuántos recuerdos habrá despertado la exhumación de este antigualla del romanticismo! ¡Cuántos corazones hoy viejos y gastados por la pasión política habrán latido con un resto de entusiasmo al ver el drama de los buenos tiempos, de aquellos tiempos en que había partidos literarios como hoy los hay políticos, y en que se trababan entre la gente de pluma guerras tan encarnizadas como las que sostuvieron Vacquerie, Planche y otros más ó menos fanáticos en su respectiva escuela. El romanticismo, desenterrado en el Odeon de París, tiene ya pocos adeptos, y nadie toma como cosas serias aquellas reinas que se enamoran de los lacayos, aquellos bandidos que se matan en cumplimiento de una palabra, las Lucrecias regeneradas y los Triunfos convertidos en arcángeles. Sin embargo, según dicen de París, Ray Blas continúa llamando la atención, no siendo ajenas á este éxito las alusiones ó aplicaciones que el público hace de algunas elocuentes frases que parecen hechas para personajes modernos, tan buenos patriotas como los cortesanos de Carlos II. El drama en sí contiene falsedades y bellezas de consideración, extrínsecas é inspiraciones de gran bulto, siendo además notable por la falta absoluta de verdad histórica, pues ni aquella es la corte de España, ni aquella dama es María Ana de Nebourg, ni los personajes llamados don *Sallustio*, *D. Geriton* y *D. César* han vivido jamás entre nosotros. Sobre la falsa base de un asunto violento y de unos tipos concebidos con la exagerada intención moral propia del gran poeta, éste ha tejido una tela admirable en los monólogos, en los coloquios, impregnados de cierto lirismo alusivo, que en algunos momentos fatiga y mareta, en otros produce verdadera fascinación.

No se olvida nunca aquel incomparable verso que pone en boca de la reina, cuando ésta, no sabiendo cómo vencer su abatimiento, se decide después de grandes vacilaciones á leer la carta de Ray Blas, que guarda en el seno, y exclama:

*Qu'est-ce que c'est, si fait, quelle se desaltire
Pêche dans le potron!*

Aquí, apesar de que la gente anda un poco preocupada, no se ha perdido la higiéfica costumbre de buscar distracción en los espectáculos públicos. En honor de la verdad, los teatros principales han puesto en escena obras notables, desollando el teatro Real con *Diócora*, una de las creaciones más hermosas del gran Meyerbeer. Comparada con el *Proféta* ó la *Africana*, esta ópera, por las proporciones y la importancia, casi se puede llamar modesta. No hay aquellos concertantes que pueden llamarse monumentales; ni aquellos trozos de instrumentación que avocando en nuestro ánimo recuerdos de otro arte y de otro orden de cosas, nos parecen tallados en colosal granito; ni aquella severidad religiosa que trae al pensamiento la antigua liturgia y la soledad de los claustros claustrales. Pero sin dejar de ser una música festiva la de *Diócora*, tiene la misma profundidad, la misma expresión de vago naturalismo, el mismo encanto de las grandes óperas del célebre berlinés.

Pero en cuestiones de música y en la presente estación, no es probable que nadie le quite al Circo de Madrid y á sus conciertos clásicos la supremacía del arte y el favor del público. En estos conciertos, el último parece siempre el mejor; y si no fuera porque accidentes marcados del público y del local indican sin género de duda que estamos en Madrid, los esfuerzos de nuestros admirables profesores músicos nos harían creer que estamos en Múnich, en Dresde ó en aquel clásico rincón de Alemania, el pequeño reino de Sajonia Weimar, donde el Norte tuvo su Atenas por la poesía y por la música.

La sinfonía *Sinfonía* de Meyerbeer, la cuarta en la de Mendelsóhn, la grandiosa óverture de *Carlomagno* de Beethoven, y el *andante* del cuarteto en *sol menor* de Haydn, son las piezas que parecen alcanzar más éxito en esta temporada. La Sociedad de conciertos no desmaya, y sin dejar de comprender que esta clase de solemnida-

des musicales no es de las que viven exclusivamente de la novedad, procura renovar todos los años su repertorio. Apesar de todo, no creemos que deba volver la espalda á las cosas viejas, y ya es tiempo de que oigamos de nuevo la inolvidable *sinfonía pastoral* de Beethoven, cúspide del arte, obra que vivirá mientras haya un violín y un arco sobre la tierra. Respecto á lo novísimo, no estará de más recordar á la Sociedad de conciertos la última producción de Gounod, titulada *Gallie*.

Y en tanto continúan los síntomas de una completa invasión musical. Habrá ópera italiana en el Circo de Rivas, ópera italiana en la Zarzuela, ópera bufa en todas partes, y como si no fueran bastantes los locales de distinta belleza y capacidad que tiene Madrid en su recinto, en la calle de Alcalá se construye un soberbio teatro, el cual se dá tanta prisa por concluirse, que milagro será no lo veamos terminado en el próximo otoño. Esto es bueno, y ya que de construcciones urbanas hablamos, conviene indicar que nunca se ha visto en Madrid tal furor por edificar, hecho poco conforme ciertamente con la penuria en que al decir de algunos vivimos. Se edifican casas, palacios, mercados, teatros y hasta iglesias. Esto, unido al portentoso lujo de este invierno en los saraos y salones, nos obliga á no dar completo crédito á los que, sin duda con doble intención, nos pintan con terribles colores el misero estado de los jornaleros y de los que viven de la pequeña industria. La verdad es que si precindiendo de lo que un día y otro nos dicen sus entrometidos defensores, nos acercamos á ellos para preguntales por su suerte, sacaremos en limpio que no les va tan mal.

B. PEREZ GALDÓS.

ALGUNOS BREVES RASGOS

PARA LA BIOGRAFIA

DEL EXCMO. E ILMO. SEÑOR D. EUGENIO DE OCHOA.

Sr. D. Bernardino Raso:

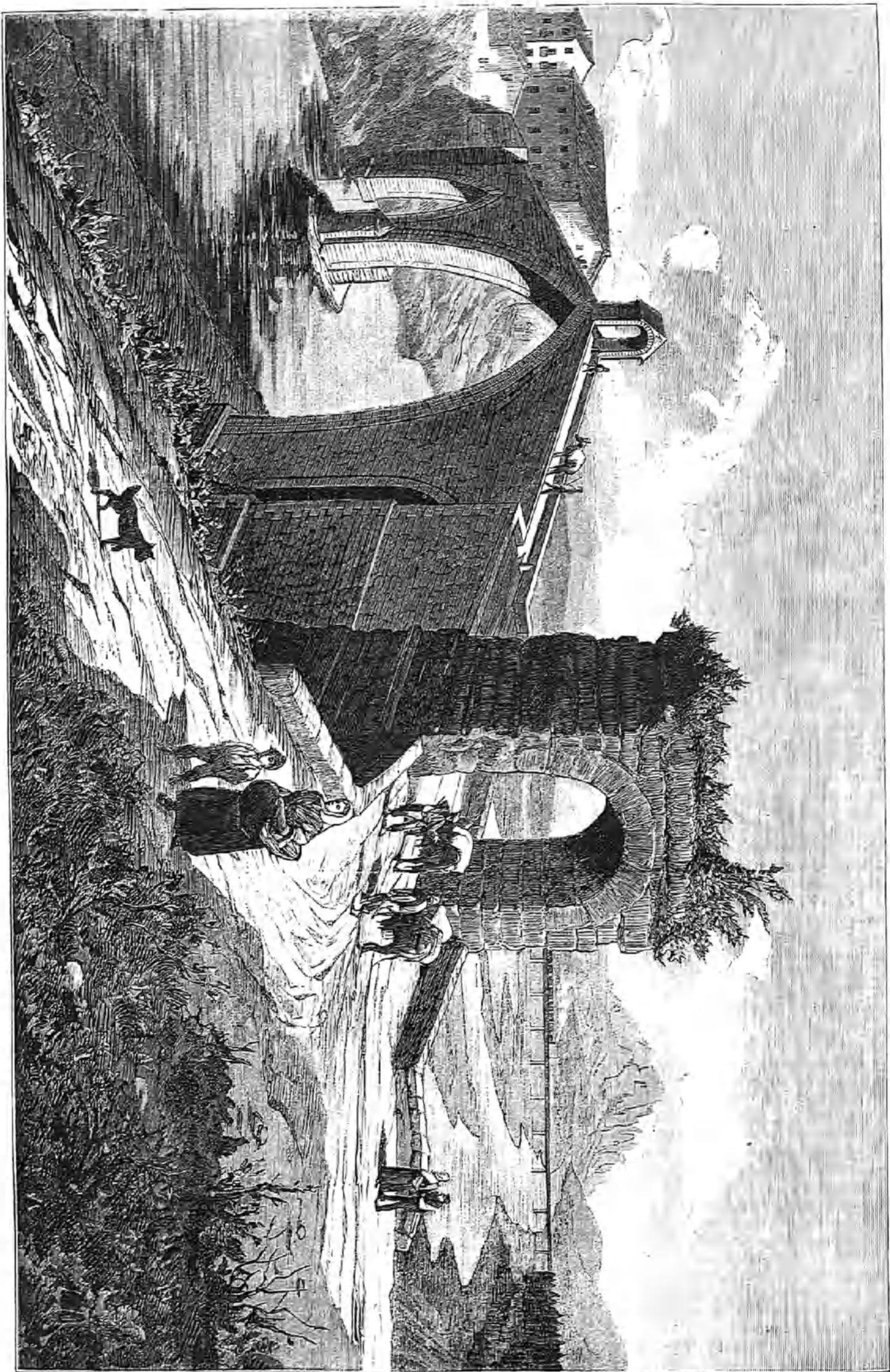
May señor mio, de mi consideracion y aprecio. Ha tributado Vd. un generoso homenaje á la memoria de mi amado hermano político D. Eugenio de Ochoa grabando el retrato para la acreditada Ilustración de Madrid, y ha tenido Vd. además la delicadeza de enviarme á pedir algunos renglones que acompañen á su excelente obra.

Agradeceré toda mi vida uno y otro obsequio, y pronto á coadyuvar desde luego al bondadoso propósito que le anima al dar á los lectores de esa revista la semblanza de uno de los hombres que más han contribuido al florecimiento de las modernas letras españolas, me presto gustosísimo, pasados los primeros días del vivo dolor en que á todos sus allegados nos ha sumido su muerte, á reconcentrar mi memoria para allegar algunos rasgos característicos que, pintando al ser intelectual y moral, completen el retrato corpóreo trazado por el hábil hierro que ha de dar á Vd. duradero renombre.

Agradezco á Vd. además que, al imponerme tan cortesmente la precisión de evocar antiguos recuerdos, alegres unos y melancólicos otros, me haya arrancado de la escena desgarradora á que estubo tenazmente adherido mi pensamiento. Usted, que presencié algo de aquel tristísimo cuadro; Vd., que fué testigo del estupor de toda aquella familia en el momento de helarse en sus labios la sonrisa de una ciega confianza con la horrenda certidumbre de una catástrofe de súbito desplomada á impulsos de una dolencia traidora; Vd., que supo después que una sombra fatídica había invadido aquella morada, hasta pocos días antes templo de la poesía, de la música, de la felicidad, y que la pérdida absoluta de la esperanza había puesto fin á la desconcertada actividad de la esposa, de los hijos, de las compasivas Hermanas de la Caridad que le asistían, y de los buenos amigos, y aun á la generosa sollecitud de los médicos; que Ochoa recibió la visita del Dios de paz transubstanciado, lleno de emoción y de consuelo, que durante el religioso acto, la numerosa comitiva que llenaba su aposento y cubría la misma escalera escuchó con edificación inefable palabras de unción y de fe que articuló el paciente; y que por último, solemnemente demudado su semblante en una larga agonía, todos los que con lágrimas regábamos su lecho hacéramos en vano en aquellos alterados lineamientos la expresión cariñosa de toda la vida y la luminosa inteligencia que habla mitigado todos nuestros infortunios; Vd. comprendiera cuán grande es el beneficio que me hace al obligarme á abogar, siquiera por breves momentos, esas dolorosas

* Véase LA ILUSTRACION DE MADRID, número 5, 22 de marzo de 1874.

FUENTE DEL DIABLO, EN MARCOIRIEL.





EXCMO. SEÑOR DON EUGENIO DE OCHOA.

impresiones, para embalsamar mi mente con la brisa primaveral de las pasadas memorias.

No me es posible en el brevisimo plazo que las exigencias tipográficas de LA ILUSTRACION DE MADRID me prefijan, trazar una formal necrologia del que fué siempre para mí, más que otra cosa, dulcísimo hermano; ni semejante tarea puede corresponder á quien, por la misma causa, habria de parecer, no su biógrafo, sino su panegirista. Yo deseo, mi apreciado amigo, pues ya no titubeo en dar á Vd. este nombre, dejar correr á su autojo el raudal de los afectos que en esta ocasion se me agolpan, y prescindir de todo método de rutina para decir á los que personalmente no trataron al sagaz escritor público, al aplaudido autor dramático, al que habiendo sido en su primera juventud ardiente propagador de la *escuela romántica* en España, fué luego en su edad madura felicísimo intérprete de Virgilio; al erudito anotador y comentador del *Cancionero de Buena* y de casi todos los poetas líricos y dramáticos españoles; al académico discreto; al prudente Director de Instrucción pública; al juicioso Consejero; al hombre de Estado y al leal servidor de la corona, y sobre todo al ele-

gante y persuasivo poeta, que más que otro ninguno ha tenido el derecho de llamar á sus versos *Ecos del alma*, quién fué este literato y estadista en su vida íntima, en lo recóndito de su santuario psicológico, tal como él mismo se retrataba en sus más espontáneas producciones.

Escritores más aventajados, y de seguro menos apasionados que yo, dirán al público todo lo que Ochoa hizo por la literatura patria, en que se cifra su más hermoso timbre, durante una vida de trabajo incesante que, apesar de haber concluido á los 56 años, resulta larga y llena de acaecimientos, por haber comenzado en los mismos umbrales de la adolescencia. Ellos preparan ya, si no un juicio crítico, imparcial y maduro, al menos un sumario exámen de las muchas obras que Ochoa dió á luz desde que en 1834 se preparaba con ensayos literarios, dramáticos * y líricos, siempre mati-

* Antes de esta época, y á la edad de 14 años, habia ya escrito, entre muchas composiciones de toda especie, una graciosa comedia titulada *D. Carlos marqués de la Habana*, que varias veces nos proporcionó arrebatos de verdadera risa convulsiva en nuestros ratos de ocio y fraternal abandono.

zados de gracia é ingenio, á fundar con su cuñado Federico de Madrazo *El Artista*, periódico de perdurable memoria, que fué en nuestro país el despertador de los más preclaros ingenios. Acaso no tengan noticia los dignos escritores que se ocupan en esa biografía, de algunas obras que yo conocí, como por ejemplo el drama *Matilde*, lastimosamente extraviado en el teatro del Príncipe con una bella traducción que hizo del *Keen*, de Alejandro Dumas; otro drama titulado *Jeanne la olive*, que escribió en París en correcto idioma francés, en 1838, en la misma mesa donde yo hacia mis estudios de legislación penal, mi preocupacion constante en aquel tiempo; un *Manual de literatura* que redactaba en 1868, y que compaginaba con tan portentosa facilidad durante su residencia en *Leaux Bonnes* aquel verano, que llenaba diariamente al pié de 38 cuartillas, según él mismo me manifestaba en una carta fechada allí el 20 de agosto. Pero unas cuantas flores más ó menos no cambian la naturaleza de la planta. Ellos, pues, se harán cargo de lo que significan y valen las producciones de Ochoa en *El Artista*, en *El Español*, en *La Abeja*, en la *Revista Enciclopédica*, en *El Católico*, en

El Domingo, en *La España*, en *El Herald*, en la *Revista Hispano-Americana*, en el *Semanario Pintoresco*, en *El Amigo del Pueblo*, en *El Orden*, de Buenos Aires, en el *Correo de Ultramar*, en el *Journal des Débats*, en el *Moniteur*, en la *Revue de Paris*, en *La América*, en la *Revista Española de Ambos Mundos*, en *La Ilustración Española y Americana*, en la *Revista Española* y en *La Ilustración de Madrid*. Ellos el mérito que contrajo quien difundió por Europa desde su residencia de París el conocimiento de los poetas y prosadores españoles por medio de más de 40 tomos de obras, ya completas, ya puramente selectas, ora impresas, ora inéditas, y de *Tesoros* en que encerró todos los ramos de nuestra fecunda literatura patria, al propio tiempo que generalizaba en España con sus *Horas de invierno* y sus *Mañanas de primavera*, sus *Lecturas amenas* y sus *Lecturas morales*, y con la versión castellana de obras de todo género, de David Hume, de W. Scott, de Lamartine, de Pouljolat, de Víctor Hugo, Dumas, Jules Sandeau, Bouchardy, etc., la afición a la más renombrada literatura extranjera. Ellos quitarán el valor de las traducciones de obras científicas que hizo Ochoa, y de los comentarios con que las enriqueció, en el tratado de *Economía Política* de Garnier, en la *Creación* de Ed. Quinet, en las *Formas de gobierno* de Hyp. Passy, en el *Tratado de Física* de Privat Duchanel; el candor de su erudición literaria, sólida y de buena ley, en su *Catálogo razonado de los manuscritos españoles* de las principales bibliotecas de París, en su edición del *Cancionero de Boscana* y en su clásica traducción de todas las obras de Virgilio; y por último, ellos analizarán al escritor exegético en su sabrosa *Nivelación de literatura y viajes*, en sus estudios críticos titulados *París, Londres y Madrid*, en su bello prólogo a la reciente edición de la Corona poética de la reina María Cristina; al escritor dramático sin ambiciosas pretensiones, en las comedias *Incertidumbre y amor* y *Un día del año 1823*, y al poeta *comentalista* y profundo en los encantadores *Leos del alma*.

Dejo, pues, ese vasto campo, y vengo a mi terreno.—Era Ochoa un hombre amante de la paz y de la concordia, idólatra de lo justo, de lo racional y ordenado; en sus sufrimientos resignado y humilde, en los dolores ajenos tierno y compasivo. Nadie mejor organizado que él para sentir lo que me atrevería a llamar *poesía de la benevolencia*. Algunas deformidades morales le contrastaban profundamente; pero nada como el ceño inmotivado, la cólera estrepitosa, y la crueldad con los pequeños.

Para los que sufrían tenía consuelos llenos de persuasión. Me reservaba para mí sólo, como un aficionado á perfumes recela avaricioso una preciosa esencia que no se vende: la noticia de un librito de 32 páginas que mi querido hermano compró en Londres y traducía á ratos perdidos en París en el otoño de 1855, cuando Dios me arrebató á mí por seis penados dos hijas en el espacio de doce días; pero ahora la echo á volar, juntamente con otros secretillos, porque la carta en que él me la comunicaba es una de las que he elegido entre el grueso mazo de cartas que conservo sayas, para dar á conocer su hermosa alma y una de las más interesantes fases de su talento, cual es la facilidad, originalidad y tersura de su estilo epistolar.

Con vivo dolor (me escribía desde París en fecha del 25 de octubre) hemos sabido por un parte telegráfico de P... la cruel desgracia con que Dios ha querido probaros. Mucho valor necesitáis para sobrellevar ese duro golpe; pero tal está el mundo y tan triste es el porvenir que se presenta á los vivos, que, aun prescindiendo de consideraciones más altas, la suerte de los que se van, lejos de causarnos aflicción, debe parecernos la prueba de un especialísimo favor de Dios.—Ahora entalamente estoy entretenido á ratos ociosos en traducir un admirable pasadísimo que compré en Londres, titulado: *To a Christian parent on the death of an infant*. Son páginas escritas con el corazón. Á fuerza de leerlas, encantado de encontrar en ellas á cada nueva lectura alguna nueva belleza, he llegado á aprenderlas de memoria, y de buena gana te las enviaría si tuviese más de un ejemplar. Todas las verdades (vulgares ya sin duda de puro repetidas y que por lo mismo no producen efecto), todas las verdades que deben consolarnos en la pérdida de los hijos, especialmente de los pequeños, adquieren allí la fuerza de una demostración matemática. El tratado está en prosa, pero contiene además frecuentes y muy breves sentencias en verso, tan encapituladas como ésta:

Our hearts are divided to the world
by strong and various ties;
but every sorrow cuts a string
and urges us to rise.

* Expresión de Maroncelli que jué muy feliz.

«Nada es más útil en las grandes penas que ocupar el espíritu en cualquier cosa: yo lo sé por una larga experiencia: tres veces he bebido la amarga copa que ahora estás túapurando: ya ves que puedo hablarte con autoridad de maestro.»

El horrible trance en que se vió á los seis años de escrita esta carta, había de llevar esa copa á sus labios por la cuarta vez!—Quisiera olvidarlo.—El amigo que tan fraternales consuelos me daba en 25 de octubre, volvía á escribirme en 11 de noviembre:

«No sé cómo expresarte la gran pena que todos hemos sentido al saber la nueva desgracia que Dios os ha enviado. ¡Pobres Afelaid! Me parece que la estoy viendo, con sus grandes ojos tan azules y tan inocentes... Mejor está que estaba, mil veces mejor que estamos nosotros. En estas ocasiones es cuando mejor se siente toda la dulce poesía, ó más bien toda la verdad que se encierra en la antigua costumbre de España, que aún conserva el pueblo, de celebrar con danzas y regocijos la muerte de los niños pequeños. Bajo otra forma lo mismo hace la Iglesia. La primera vez que yo vi, en el puente de Toledo, una porción de mujeres y niñas, vestidas de blanco y llenas de flores, bailando alrededor de una caja en que iba descubierto el cuerpo de una criaturita muerta, me escandalicé; ahora me parece que no puede expresarse de un modo más tierno ni más significativo la alegría de tener en el cielo un ángel que mire por nosotros.»

Pero estos consuelos no podían ser eficaces para él cuando en 1861 padecía el grande infortunio que había de acibarar los diez años postreros de su vida. Aplazo por segunda vez el entrar en esta horrible fase, cuyo recuerdo me hace aún erizar el cabello, para poder dar á Vd. y á los lectores de ese periódico que tienen la bondad de leer esta carta, una leve idea de las damas cualidades que resaltan en el estilo familiar de Ochoa en los pocos años que, hasta esa funesta fecha de 1861, le quedaban aún de felicidad á medias.

Su benevolencia no era aquella virtud egoísta que tiene por único objeto el bien de la propia familia; se extendía á todos, especialmente á los que sufrían: era la verdadera y genuina caridad cristiana, y su ternura con sus amigos desgraciados no tenía límites.—La primera y bella esposa del distinguido escritor y juriscónsulto D. J. F. P. falleció en París víctima de una enfermedad que hace dolorosos estragos entre las personas de aquel sexo, y escribiéndome Ochoa acerca de este triste suceso, me decía: «Ha pasado su hermana la noche velando á la pobre Dolores P..., que desde anteaer está en la agonía con todos los Sacramentos recibidos, y que regularmente no saldrá del día de hoy. Padece de un cáncer, y su calentura ha tomado desde ayer un carácter tifóideo, por manera que ya no tenemos esperanza alguna. ¡Pobre Dolores! Conserva toda su razón, y habla de su próxima muerte con alegría, aunque no padece ni el más leve dolor.—Y es curiosa la continuación de esta carta, porque marca en la mente de Ochoa una tendencia saludable á asirse tensamente á todas las revelaciones y manifestaciones de la vida futura del espíritu contra el materialismo volteriano.—Asegura que ha visto á Dios y á la Virgen y que su única pena es de la compasión que nos tiene á todos los que nos quedamos en este valle de miserias. Habla y conoca á todos, y á todos nos llama de tú. (Es cosa singular! A la cuenta nos mira á todos como hermanos. Creo evidente que en los límites de la vida el alma tiene percepciones sobrenaturales, que en nuestra ignorancia calificamos de delirios, y que, bien observadas, podrían darnos mucha luz sobre las cosas de este mundo y las del otro.—Aunque con la frialdad propia de mi carácter y con el poco tiempo que me dejan libre ocupaciones preferentes, sigo en mis ratos ociosos estudiando teóricamente la cuestión del magnetismo espiritual. He asistido como mero espectador á dos sesiones del barón Du Potet, y mi asombro ha crecido de punto, aunque el incrédulo G..., que me acompañó á una de ellas, dice que todo es farandula. Se engaña, ténlo por cierto. Allí hay algo: el tiempo lo aclarará.»

Y ya que nos hemos metido en plano espiritismo, no quiero que quede inadvertida la formalidad y buena fe con que tomaba Ochoa estas novedades en su sed de apurar la verdad de todo.—Voy á contarle una cosa (me escribía por aquellos mismos días) que me tiene asombrado y que creo te sorprenderá: nos pasó ayer á tu hermano F... y á mí. Ni uno ni otro creemos, como ya supondrás, en lo que llaman los espíritus, que tienen trastornado el seso á casi toda la América del Norte; pero instados por S... y por D. P. B... á quienes tiene fanatizados esas doctrinas, asistimos ayer á las dos á una sesión espiritista en casa de un es-

pañol, amigo mío, persona muy respetable. Éramos entre todos siete, y en este número entraba L. P..., tan incrédulo, ó más bien predispuerto contra esas locuras, como F... y yo. No voy á juzgar, por supuesto, sino á referirte lo que vimos, advirtiéndote que tengo (tal vez me engañe) una absoluta convicción de que allí no hubo «fullería; creo que no pudo haberla; P..., F... y yo lo hubiéramos conocido. Después de una larga y curiosa historia de la conversión de S... en Nueva York, que omito, pasamos á los experimentos. Formada la cadena por los siete alrededor de una mesa, ésta empezó á girar á los cinco minutos, sin que ninguna de las explicaciones físicas de este fenómeno que he leído, y son muchas, me pareciese aplicable á aquel caso. Apoyando fuertemente las manos y los pies, hicimos parar la mesa; pero aquí empezó lo realmente notable. S... preguntó si había acudido algún espíritu al influjo de nuestra cadena magnética, y la mesa, levantando dos veces una pata y dando con ella dos fuertes golpes en el suelo (señal nonconvidá para afirmar), contestó que sí. Preguntado su nombre, contestó de la manera convenida (por golpes correspondientes á las letras del alfabeto) que era el espíritu de Octavia. Del mismo modo contestó á varias preguntas, siempre con acierto; mas como estas eran fáciles de contestar y además estaba presente S..., que me inspiraba cierta desconfianza, te confieso que poco ó ningún efecto me producía aquello. Mas cuando se fué S..., por tener una cita urgente, y sobre todo, cuando pregunté al espíritu insidiosamente cosas que ninguno de los presentes sabía, ni aun el mismo F..., cuando éste á su vez hizo la misma prueba, y vi que siempre las respuestas de la mesa eran exactas y limpias, es decir, exentas de toda ambigüedad y titubeo, francamente, no diré que me convertí (mi espíritu rebelde perseveraba en su incredulidad burlona), pero sí que me quedé asombrado. En dos palabras te formularé mi situación: si ayer mañana, ántes del experimento, me hubiera contado alguno lo que yo te cuento ahora con la mejor fe del mundo, de seguro le hubiera jugado impostor ó loco; naturalmente si me lo contase hoy, no le juzgaría ni lo uno ni lo otro; me abstendría de juzgar. Por de pronto hoy voy á comprar la obra clásica del marqués de Mirville, y ya te diré qué efecto me produce su lectura. ¡Habrá algo en esto, ó será todo ello pura farandula! Verdaderamente el mundo camina derecho á volverse loco, como decía nuestro Donoso.»

Aquellos experimentos y estudios no volvieron á preocupar á Ochoa, díjase muy alto en honor de su buen seso, en cuanto observó la tendencia del nuevo pitonismo á la negación de la religión revelada y de toda religión positiva.

¡Qué atractiva mezcla de cañiño y de gracejo hay en su correspondencia íntima! Como su corazón rebosaba ternura, así su ingenio estaba siempre brotando donositas ocurrencias. Nuestro hermano L..., que había pasado con él en París una larga temporada, y non quien se divertía jugando al ajedrez, interesado siempre en las partidas con la fe de un niño, regresaba en enero del 56 á Madrid.—No puedo expresarte (me decía con aquel motivo) la pena que tengo por la ida de L... Me parece como que se rompe con ella el último vínculo que nos une á vosotros, que sois mi verdadera patria... Pero te diré en confianza que su marcha es una verdadera jugar: se va impulsado del horroroso miedo que me tiene al ajedrez, efecto natural pero exagerado de las despiadadas zurras que le doy todas las noches, «después de comer», á ese noble juego, que nunca posará á fondo porque se obstina en no ver en él más que una lucha ruda de triquiñuelas, en vez de seguir los elevados principios de mi escuela, toda de hermosas y trascendentales combinaciones.»

Habíame preguntado varias veces el número de mi nueva casa, sin resultado por distracción mía, y en su carta de 17 de marzo de dicho año 56 me escribía esta postdata: «¿Cuándo querrá Dios que me digas el número de tu casa? Ó es que no te tiene? (temedando oportunamente la grotesca locución de cierto individuo de «Aranjuez»). Le habré preguntado unas cuarenta veces, y os obstináis en callaros, como si fueran algún misterio nefando... Por lo demás, no quiero ser imprudente; si teméis que el saberlo me ha de producir desastrosado efecto, no me lo digáis: por Dios, no me lo digáis!»

Omito centenares de ocurrencias que se me vienen á la memoria aún más graciosas que las precedentes, por no hacer interminable esta carta.

Pense dejar para el fin la narración de la espantosa

* L... creyó el hecho, y sostiene que era el quipo de bálsamo que á Ochoa.

tortura que sufrió el paternal corazón de Ochoa en el año 1861 y de las delirantes excursiones que su razón, medio extraviada por el dolor, hizo entonces por las regiones sombrías de lo desconocido y del infinito. No me siento con fuerzas para renovar con sus pormenores aquel esplicio a su desolada familia. Diré solo la ocasión de aquel solemne suceso: fué primero un baile en que se fingió un Eden y una fantástica primavera; fué luego que en ese mismo baile una hija de Ochoa de 21 años, hermosa como las flores, inteligente como los ángeles, se vió de súbito envuelta en llamas por haberse comunicado á su vestido el fuego de un fingido tulipán de gas; y fué por último, que al cabo de un purgatorio de cuatro meses largos, durante los cuales se sucedieron desgarradoras emociones, alaridos de dolor, contorsiones, carcajadas convulsivas, cantos de esperanza, gritos de desesperación, éxtasis magnéticos, apariciones celestiales y santas revelaciones, aquella criatura, que de ángel de belleza pasó en sangriento y denegrido espectro, rindió su espíritu al Criador, dejando á su familia sumida en un abismo de confusiones é indescriptibles dolores.—¡Qué mucho que llevase el semblante de Ochoa en estos últimos diez años la majestuosa estampa de la melancolía! Con ella recorrió la Europa y parte del Oriente... pero creemos que la esperanza de renunciar á su adorada mártir endulzó al morir su penosa agonía.

En la emoción que me domina, no acierto con las acostumbradas frases de despedida; adjudíquelas Vd. á su gusto, con tal de que sean las más cordiales y dedicadas.

De Vd. amigo y seguro servidor Q. S. M. R.

PEDRO DE MADRAZO.

Madrid, 7 de marzo de 1872.

UNA NOVELA POR ENTREGAS.

I.

Dígame lo que se quiera en alabanza del poderoso instinto de sociabilidad que ennoblece al género humano, yo creo que de día en día va siendo más difícil el trato y comunicación del hombre con el hombre, y que á medida que más se ensanchan los horizontes de lo que podemos llamar civilización al por mayor, más y más se dificulta el comercio social en detalle y á la menuda. Ello podrá parecer una paradoja; pero de mí sé decir, que desde el día que abandoné las soledades adonde me llevaron desengaños del mundo y melancolías de solitario, no he salido una sola vez á la calle sin recibir una impresión desagradable, sin encontrar en el trato con mis semejantes un motivo de disgusto, de hastío ó de repulsión. Maravilla ha sido que á las primeras de cambio no haya dado con un descortes que me ha saludado con una grosería, ó con un pedante que me la ha echado de padre maestro, ó con un tutor y curador que me ha querido gobernar á su gusto, ó con un impertinente que me ha corregido el lazo de la corbata, ó con un barbilampiño que me ha querido examinar de calavera, ó con un hipócrita que me ha confiado, con el aumento del 5 por 100 de corretaje, lo que de mí se murmuraba; en una palabra, con una de las plagas innumerables que pueblan los paseos, los teatros, los salones, todos los centros de reunión donde se practica ese comercio de mala fé que se llama trato social.

No se crea por esto que soy misántropo... ¡oh! eso no; libréme Dios de caer en ese abominable estado del alma y del espíritu que podría definirse la nostalgia del estado salvaje en el seno de la sociedad. ¿Qué especie de monstruo sería el hombre si se despojara de la benevolencia, de ese atributo superior que le permite ensanchar el círculo de la simpatía más allá de los estrechos límites concedidos al bruto?

No, yo no soy misántropo; creo, por el contrario, que es una excesiva benignidad de carácter (si se me permite la inmodestia) la que atrae sobre mí las plagas sociales de que me quejo, á la manera que, segun la opinión vulgar, la sangre ricamente aducada es causa de predilección para los mosquitos. Si así no fuera, ¿cómo se explicaría la inefable beatitud de que me veo poseído siempre que al acostarme no siento el corazón dolorido, aporreado el entendimiento ó confuso el sentido común? Los días que tal sucede, que por desgracia son muy raros, el mundo me parece una mansión de delicias; el júbilo me hace ver en los homoplotos de mis semejantes las alas incipientes del querubín, y, á diferencia de un famoso tirano, quisiera que la humanidad tuviera un solo cuello para confundirla en un abrazo universal. Todo en esos momentos de inexplicable ilusión me parece bello y sonrosado como la aurora de una asiada

felicidad: veo la criatura labrando la felicidad de la criatura; la política realizando los fines de la moral; la palabra sirviendo de vehículo á la verdad y de difusor maravilloso á la universal simpatía... ¡Qué más dire! Hasta la novela por entregas me parece en esas horas de deliquio un pecado soportable y venial.

¡La novela por entregas!... Inagotable manantial de penosas emociones, cuando, por rara fortuna, no me encuentro bajo la influencia anodina de un candoroso optimismo! ¡la más irremediable de todas las plagas que acibatan mi vida! Irremediable digo, porque de ella no me es posible huir: la veo en todas partes, y me atrae como el vacío. Cuando mi mala suerte no encuentra á mano un pedante, un mal criado, un perillan con que torturar mis nervios, nunca la falta una entrega de novela que ponerme en emboscada detrás de una puerta... ¡Y qué entrega! La más subversiva del buen sentido, la más disparatada de cuantas en busca de acomodo corren diariamente de casa en casa. La ingeniosa, la entretenida, la que disimula sus faltas bajo las galas con que la adorna una imaginación lozana, esa raras veces se me viene á la mano; la inevitable para mí es aquella en que se trastornan las leyes del planeta, ó se insinúan estupendas teorías políticas y sociales, ó se entregan á la más desatada anarquía las reglas de la gramática. Cuando cae en mis manos uno de esos fragmentos de libro destinados á entretener el ocio de mis amables conciudadanos, apodérase de mí una curiosidad salvaje, una comezon irresistible. La viñeta estampada en las cubiertas del cuaderno á guisa de señuelo me fascina; el vértigo se apodera de mi cerebro, y déjome arrastar por una fuerza irresistible semejante á la que subyuga al gorrion imprudente en la atmósfera magnética del mochnelo cazador.

II.

El otro día, al volver de mis soledades, creí por un momento que durante mi ausencia el mundo había experimentado una sensible transformación. Me hallaba en la ciudad, y había recorrido impunemente sus calles sin recibir ninguna de las desagradables impresiones que poco á poco me habían obligado á abandonarlas. Creí de buena fé que era llegado para mí uno de esos días que la supersticiosa antigüedad marcaba con piedra blanca, y sentí retrozarme en el corazón un no sé qué de falansteriano que volvió á despertar en mí los apagados instintos de sociabilidad.—Haré una visita, dije con ánimo resuelto y valeroso.

Era tentar al diablo; pero quise ver hasta qué punto era durable el mismo colirio que por tan fácil y desazonado rumbo guiaba aquel día mi barquilla. Anduve dos calles más sin tropiezo, y me encontré sano y salvo en casa de una señora, antigua amiga mía, á quien no había visto en mucho tiempo. Su hija Rosita, niña de quince años que se ocupaba con ahínco en borrar las gracias de la adolescencia bajo un peinado abrumador y una capa compacta de blanqueta y arrebol, se meció, cuando llegué, en una butaca de verano, como se mece la flor de su mismo nombre acariciada por las brisas primaverales: tal me pareció, á lo ménos, bajo el prisma que en aquellos momentos embellecía á mis ojos todos los objetos. Mas ¡ay! bien dice el adagio: no hay rosa sin espinas, al pasear una mirada cariñosa alrededor de aquel tallo esbelto y de aquella flor delicada, observé que las hojas de que estaba rodeada eran las de unas entregas de novela, profusamente esparcidas sobre dos sillas que flanqueaban la butaca; y hubiérame de jado arrastrar de la invencible curiosidad que en mí despertaba esa literatura trashumante, á no recordar por los títulos y viñetas de las cubiertas que ya otra vez había recogido en aquellas páginas el amargo fruto de la tentación. Confió, sin embargo, en que la discreción de Rosita, que acababa de salir del colegio con fama de muy instruida, y la amabilidad de su madre, neutralizarían la desagradable impresión que acababa de recibir, y con esta esperanza me dispuse á pasar un rato agradable en su compañía.

Hablamos del calor, y el tema nos condujo naturalmente á discurrir sobre los placeres del campo; pero á las primeras de cambio Rosita se enfrenó en la improvisación de un idilio, cuyo estilo afectado y empalagoso comenzó á ponerme en consternación; y al cabo de un cuarto de hora de cháchara me preguntó como por vía de corolario de su bucolica locución:

—¿Es Vd. aficionado á pescar con caña?

—No conozco ese arte, le respondí.

—¡Oh! replicó Rosita poniendo los ojos en blanco; entre los placeres del campo yo no encuentro ninguno comparable á la emoción que experimenta el pescador de caña al prender un estaceo en el anzuelo.

—¡Maldición! exclamé para mis adentros; ese estaceo no me es desconocido; le he visto por primera vez en una de esas entregas de novela popular que estaba leyendo Rosita. Soy perdido; esa niña rumiaba la flor y nata de la literatura popular.

—¡No es Vd. de mi opinión! me preguntó Rosita, viéndome suspenso y distraído.

—Sí, sí, en efecto, respondí; confieso que ese estaceo pescado con caña debe producir la más imponderable de las emociones.

—¡Yo la he experimentado más de una vez! añadió Rosita haciendo asomar á sus labios la sonrisa del amor propio satisfecho. ¿Oh! No comprendo cómo hay almas insensibles á esos placeres sencillos. ¿Es Vd. aficionado á emigrar en la canícula?

—En la canícula y en cualquiera estación, Rosita. ¿Y usted?

—¡Oh! yo no estoy por los viajes de verano al extranjero, ni comprendo cómo hay quien prefiera otros países á las pintorescas comarcas de España. La moda en este punto es exagerada y ridícula. ¿Qué irá Vd. á buscar á Francia ó á Suiza, que no se encuentre más cerca y más barato en este privilegiado país? A mí me parece hasta criminal ese prurito de rebajar á los ojos del mundo todo lo que es español. ¡Qué incalificable monomanía! Yo creo, como un escritor popular, que á ser ménos enorme la distancia, la gente acomodada se iría á pasar el verano al Congo ó á la Zona Tórrida... ¿Ha estado Vd. alguna vez en el Congo ó en la Zona Tórrida?

—Sí, respondí con profundo desaliento; los visité antes de su divorcio.

—¿Antes de su divorcio? ¿qué quiere Vd. decir?

—No, nada; quería decir que cuando yo estuve allí, el Congo no era todavía una cosa distinta de la Zona Tórrida. Verdad es que en aquellos tiempos la novela por entregas estaba aun en su período de incubación, y por consiguiente la geografía no había dicho la última palabra.

—Puede ser, dijo Rosita con la distracción propia de las personas que se escuchan á sí mismas mientras hablan los demás; pero supongo que Vd. será de los míos, yo soy muy intransigente en esa materia, y he declarado guerra sin tregua á esa incalificable manía de gastar el dinero fuera de España. ¿Dónde vamos á parar? A ese pose llegará día en que se cumpla el vaticinio de un novelista popular.

—¿Y qué es lo que vaticina ese novelista, Rosita?

—Lo que es muy natural: que siguiendo en progresión ascendente esa deplorable manía, la gente de posibles no se dará por satisfecha hasta que consiga pasar el verano en el polo frío y el invierno en el polo caliente.

Al oír estas palabras se me enfriaron los pies, y mi cabeza ardió como un volcán. Mis extremidades reprodujeron con una detestable fuerza de simpatía los dos polos de Rosita. Me refugí en lo más recóndito de la butaca, y me eché un punto en la boca para no dar pié á que la niña llevase más allá de los fuegos del Sur su erudición cosmográfica.

La madre de Rosita guardaba silencio y me miraba, radiante de orgullo, baseando en mi semblante señales visibles de la admiración que la cultura intelectual de su hija, su talento y su discreción debían causarme.

Rosita esperó un minuto, y viendo que yo seguía silencioso y cabizbajo, me dijo:

—La interrupción de nuestro diálogo me recuerda una frase muy bonita que acabo de leer en esas entregas: «Hay pausas que la prolongación de ellas es un martirio.» ¿No es verdad que es un rasgo feliz?

—Sí el apotegma, respondí, es cierto en la forma, como puede serlo en el fondo, lo siento por la gramática.

—No comprendo lo que quiere Vd. decir, repuso Rosita.

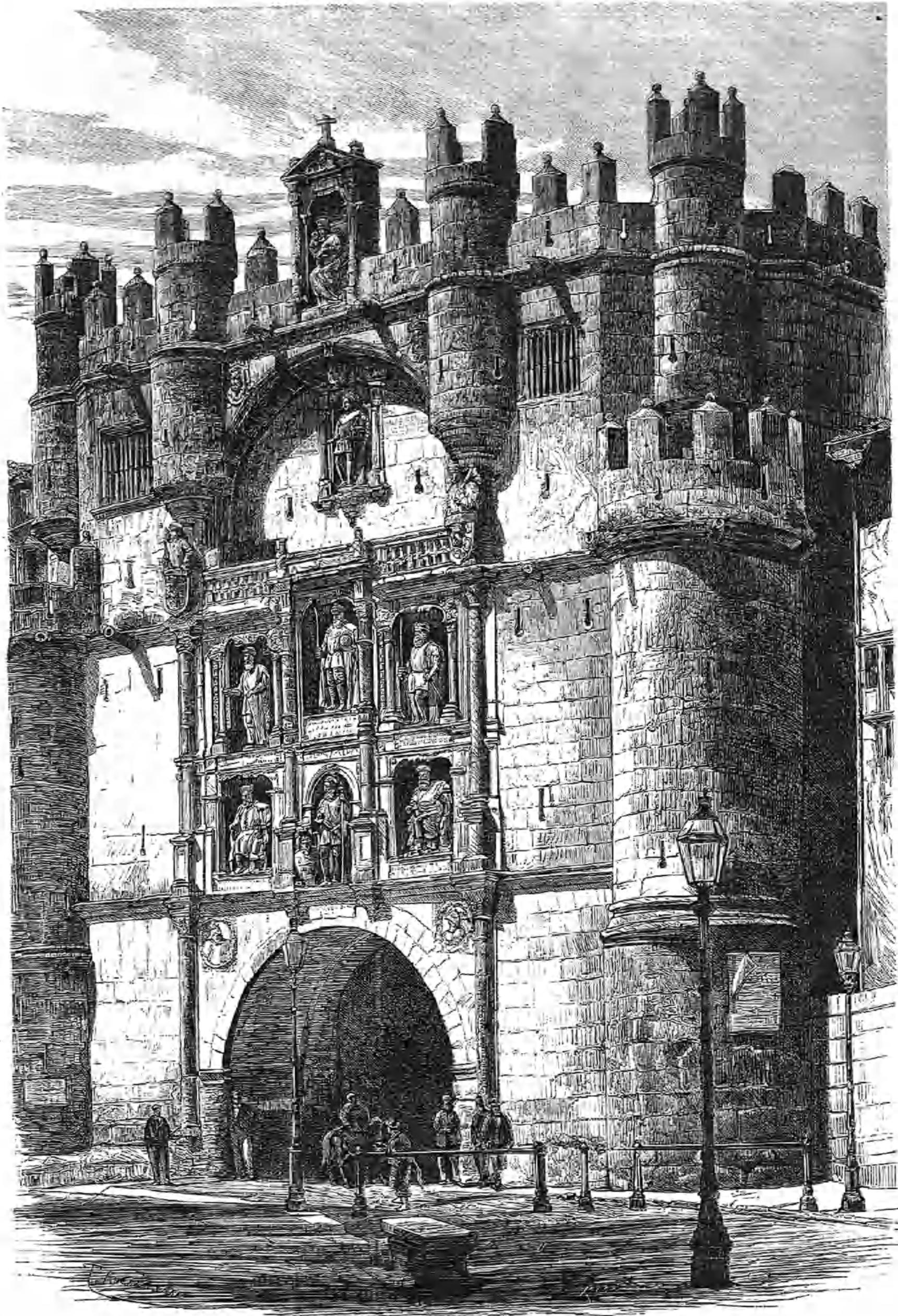
—No, nada de particular: quiero decir que el aforismo que Vd. ha citado con maravillosa oportunidad, podrá ser muy bueno en lo que tiene de absoluto; pero no me lo parece tanto en lo que tiene de relativo.

—¡Ah! vamos, ¡ya caiga! exclamó Rosita con ironía; usted es purista y ha pescado en esa frase algún defectillo gramatical que la ha puesto en consternación.

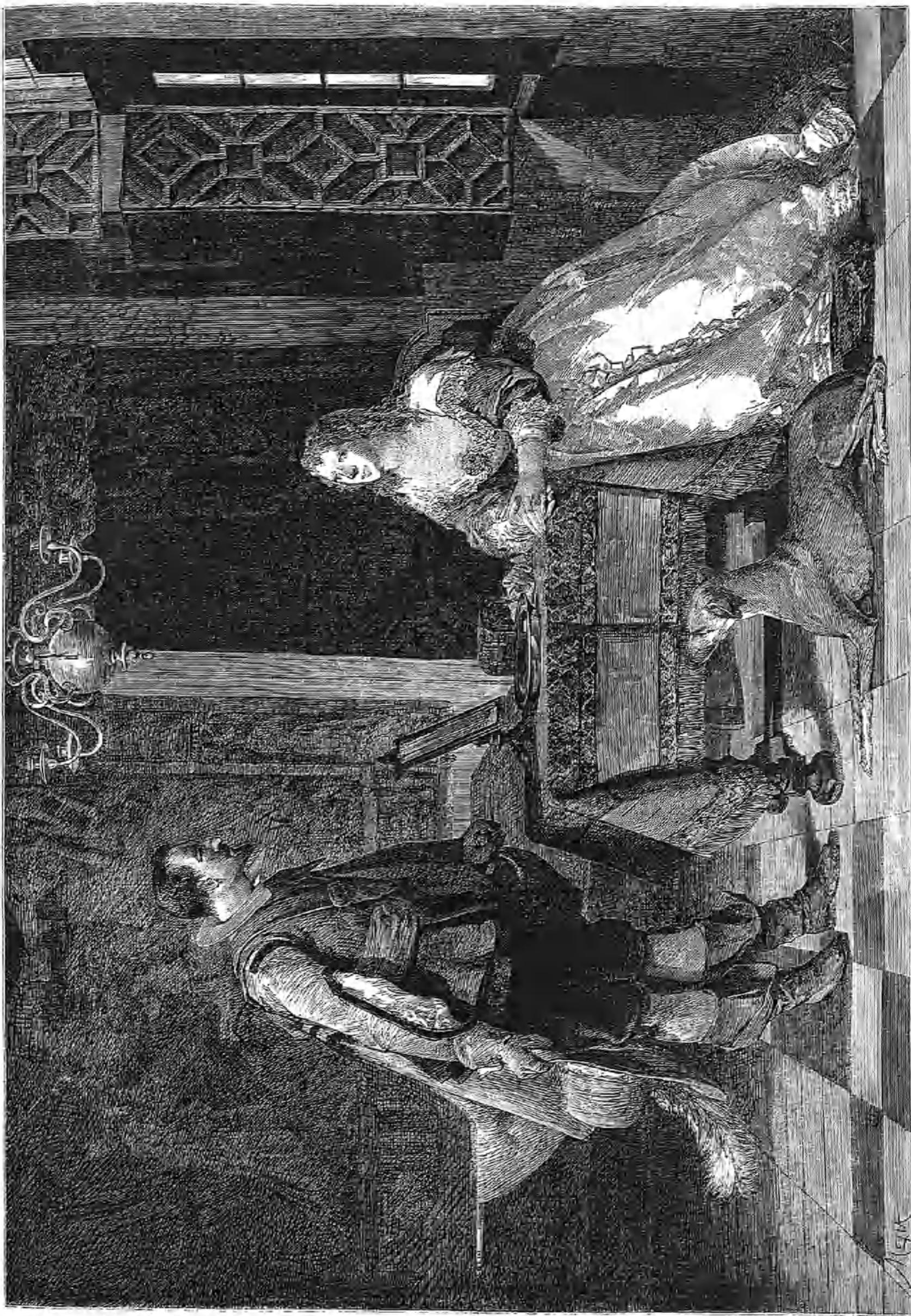
—No diré que no, Rosita; y eso que en materia de pesca debía estar curado de espanto.

—¡Vaya, vaya! qué melindroso y qué descontentadizo vuelve Vd. de sus soledades. ¿Se ha hecho Vd. misántropo? (La mamá dió un respingo de placer al oír en boca de su hija vocablo tan revesado.) ¿Qué mala yerba ha pisado Vd. en el campo?

—Ninguna, Rosita; el campo es la felicidad; el trinar de las aves, el murmullo de los riuicuelos, el suspiro de las brisas, y hasta el canto de la cigarra, tienen para



ARCO DE SANTA MARIA, EN BURGOS.



LA VISITA.—Cuadro pintado por D. José Casado del Alisal.

mi un atractivo de que carece por lo común la voz humana. Esos susurros de la soledad no tienen palabras, y puedo escucharlos y traducirlos a mi placer, sin temor de caer bajo el yugo del sonido articulado.

—[No lo dije! Vd. se ha vuelto misántropo... Todo eso es bilis, nada más que bilis. ¿Ha tenido Vd. algún disgusto grave, alguna pérdida sensible, algunos amores desgraciados? ¡Oh! el espíritu de contradicción es hijo de la adversidad. Pero otros tiempos, otros pensamientos: pasará la causa de ese mal humor un poco salvaje que predispone su ánimo contra todo lo que es bello, culto y amable, y entonces volverá a parecerle de color de rosa lo que hoy se presenta a sus ojos negro y aborrecible. No hay bien ni mal que cien años dure: el equilibrio social es tan grande y tan sólido, por más que algunos digan lo contrario, que no hay mal que no tenga su en este mundo.

—Basta, Rosita; no diga Vd. más para convencerme; esa máxima profunda tiene la fuerza de veinte caballos. ¿Es Vd. quien la ha discurrido!

—¡Oh! no raya tan alto mi pobrísimo ingenio. Esa reflexión es del autor de esas entregas de novela que estaba leyendo.

—Lo imaginaba: ese equilibrio social cuya maravillosa virtud es causa de que los males de este mundo acaben en este mundo, me parece en el orden moral una solución tan asombrosa, como lo es en el orden físico la que resuelve el problema de suspender de la punta de una caña un tiburón ó un cachalote.

—¡Oh! exclamó Rosita poniendo otra vez los ojos en blanco; problemas más trascendentales resuelve el autor de esas entregas. ¡Si Vd. viera con qué talento zanja la cuestión del clero parroquial, con qué elocuencia defiende a esa clase respetable tan injustamente postergada, y con qué buen sentido propone los medios de mejorar su suerte!

—¡La suerte del clero parroquial!... ¡Ah! Rosita, por piedad, no aumentemos las tribulaciones de esa desventurada familia!

—May desventurada, sí, señor, y por eso mismo debían seguir al pie de la letra los consejos de ese autor popular. Oiga Vd. como discurre en esta materia: *El hombre por ley natural tiende a la conservación del individuo. Cuando su escasa fortuna no presta más que para el casamiento, el egoísmo le dicta esta reflexión: ¡primero soy yo.*

—La inflexibilidad de esa regla no es un título de gloria para la humanidad... Pero no importa, adelante; alguna ventaja nos han de llevar los brutos.

—Ahora bien, prosiguió Rosita, que se moría de impaciencia por leer el fruto de su lectura: *en cura es un hombre; esto es incuestionable; como tal, tiene las mismas necesidades que nosotros; esto se cae de su propio peso. Pues bien; el autor observa muy oportunamente que la corta asignación destinada a cubrir sus necesidades, no le permite alargar el brazo como no sea para coger algo.*

—¡Ah, Rosita! ¡Con que ese brazo que se extiende para bendecir, no es más que una garrá de cerfalcó ó gerifalte! Los términos en que ese autor popular plantea la cuestión, serán muy ingeniosos, pero no me parecen por extremo caritativos.

—Pues ello es indudable, repuso Rosita, que la escasez en que vive el clero parroquial es la causa de que se cometan algunas veces abusos que desacreditan a la clase.

—¡Ah! vamos, algunas veces... De manera que todas aquellas desconsoladoras promesas del hombre aplicado por ley natural a la conservación del individuo, y obediendo por cálculo a los estímulos del egoísmo, no tendían a establecer la regla, si no la excepción! Muy bien, Rosita; eso ya me parece menos irreverente. Con lo que no estoy de acuerdo, es con eso de que los abusos que se cometen algunas veces desacreditan a una clase tan respetable. Pero esa es *peccata minuta*; vamos adelante, que ya está Vd. en buen camino de arreglar al clero parroquial.

—Pues bien, la cosa se cae de su propio peso: el clero parroquial no puede llenar su misión si no está mejor retribuido. Vd. debe saber que en los pueblos, por lo general, se acude al cura en todos los conflictos de la vida. *Si el cura le dice a un feligrés: No puedo remediarle; soy más pobre que tú, la inmediata es calificar al pobre hombre de cura sin entrañas y de mal sacerdote.*

—¿Aunque sea un santo varón? ¡Qué picardía! ¡De manera que el cura más virtuoso del mundo puede tener por seguro que apacienta un rebaño de lobos, mientras no tenga medios de socorrer a sus feligreses en todos los conductos de la vida! El caso es grave, en efecto. ¿Y cómo se remedia eso, Rosita?

—Del modo más sencillo. ¡No se le dan a un escribiente de Hacienda ó de Gobernación 25 duros al mes para que haga y gaste en sueldo como quiera!

—Poco a poco; en que lo gaste no hay inconveniente; pero en que lo haga puede haberlo, y muy grande: la ley persigue a los monederos falsos.

—¡Oh! ¡Si Vd. se para en niñerías!... El autor así lo dice: no hago más que citar sus propias palabras.

—Adelante.

—Pues bien; *suponjamos al cura párroco en la misma categoría que al escribiente, y démosle otros 25 duros.*

—Con mil amores; ya los tiene.

—No, poco a poco; para eso se ha de tomar parecer de su conducta a los pobres del lugar.

—¿Para qué? ¿Para saber si se le han de dar los 25 duros que gana el escribiente?

—Cabal.

—¡Ah! ¡Con que esos mismos pobres que ponen al cura como chupa de dómine, y le tratan de mal sacerdote y de hombre sin entrañas cuando no puede socorrerles, son los que han de informar sobre su conducta!

—Justamente, replicó la imperturbable Rosita; si ellos dicen: el cura es bueno, el cura es nuestro amigo, el cura es nuestro protector, indudablemente el cura es bueno.

—Asombroso: ya tenemos arreglado al clero parroquial.

—Por supuesto, y a los feligreses, y el arreglo no será completo hasta que ningún infeliz pise el dintel de la casa del cura sin encontrar socorro.

—No, poco a poco; si los infelices, para ser socorridos, han de pisar el dintel de la casa del cura, trabajo les mando. El umbral querrá Vd. decir.

—Dintel llaman a eso el autor de esas entregas y otros afamados escritores, replicó Rosita, cuyas mejillas empezaba a encender el enojo.

—¡Ah! pues si lo dicen esos señores, todo el mundo cabeza abajo: aunque si el equilibrio social tiene virtud para curar los males de este mundo, también le tendrá para evitar que se rompan el bautismo los que andan patas arriba por las vigas.

—¡Jesús! ¡Qué delicado de paladar ha venido Vd. de sus soledades! me dijo la niña avanzando el labio inferior para significarme el más soberano desden; y volviéndome la espalda se enfresó en la lectura de su autor favorito.

La mamá había comprendido al fin que yo no rendía culto muy respetuoso a las dotes intelectuales de su hija, y había tomado la actitud imponente y severa de una dolidad ofendida en su criatura predilecta. El silencio adquirió en pocos segundos una elocuencia irresistible: tomé el sombrero y me despedí de aquellas señoras, dejándolas en libertad de mordirme a su sabor.

Al salir de la casa topé de manos a boca con el cura de mi parroquia, que es un buen sacerdote.

—A Dios, hijo mío, me dijo al pasar por mi lado; Dios te libre de una calumnia.

—Y a Vd. de una defensa por entregas, señor cura.

FEBREIN GARCÍA CADENA.

DON MARCELINO GARCÍA OBREGÓN.

Index et secretum est pro patria mori.

No siempre hemos de llenar los pliegos de LA ILUSTRACION DE MADRID con los retratos de los hombres que han llegado a las más distinguidas posiciones por el camino de la política, ó en alas de la fortuna, de las ciencias y de las artes; nuestro periódico, que sigue con vivísimo interés el curso de la guerra parricida provocada y mantenida en Cuba contra la patria común por algunos de sus desnaturalizados hijos, da hoy a la estampa el retrato de un mártir ilustre sacrificado en los campos de batalla que riegan con su sangre generosa tantos valientes, y se cree en el deber de consagrar algunas líneas a la memoria de D. Marcelino García Obregón, muerto gloriosamente en servicio de España, defendiendo sus derechos y su bandera.

Este bizarro militar comenzó su carrera en África, donde recibió el bautismo de sangre peleando a las órdenes del ilustre general O'Donnell, y se distinguió por su valor unido a una grande serenidad y presencia de espíritu; terminada la campaña de África, fué, poseído del mayor entusiasmo, a la de Santo Domingo, y en esta dió a conocer también las nobilísimas y nada comunes dotes que formaban su carácter, combatiendo como ayudante del general Alfán y conquistando nuevos ascensos, premio éstos y todos los de su breve carrera de una sería no interrumpida de sacrificios y de hechos militares distinguidos.

Hallábase en la isla de Cuba de profesor de la Escuela de cadetes cuando resonó el grito de Llara, lanzado por un puñado de ambiciosos; grave que encontró eco en el corazón de algunos ilusos y que conmovió dolorosamente los ánimos en las más ricas comarcas de nuestra hermosa Antilla. Obregon fué inmediatamente destinado a mandar, como segundo jefe, el batallón morilizado de España, con el cual corrió presuroso a salvar la ciudad de Holguín del furor de los insurrectos, que desde los primeros tristes albores de la lucha todo lo han llevado a sangre y fuego, huyendo con frecuencia de nuestros soldados y combatiendo al abrigo de la manigua ó asolando la floreciente provincia en que han nacido; al frente de su batallón, y luego como teniente-gobernador de aquella jurisdicción, prestó muchos y señalados servicios, entre los que tal vez sobresale el heroico ataque de la Ocaba; más tarde se le confió el mando del aguerrido batallón de Colón, con el que llegó a ser el terror de los enemigos, que ni con fuerzas triplicadas se atrevían ya a empeñar combates en campo abierto, sino que le hacían una guerra de emboscadas y sorpresas que le ofrecieron ocasiones de dar a conocer su pericia é incansable celo, siendo siempre el primero en la fatiga y en los peligros, el último en el descanso y en rodearse de las precauciones que adoptaba para sus soldados.

Su excesiva confianza, su valeroso arrojo le hicieron víctima de una de esas emboscadas enemigas, y la patria ha perdido uno de sus mejores hijos, el ejército un jefe pundonoroso, bizarro, entusiasta, instruido y de una actividad a toda prueba.

Marchaba el bravo Obregon a la cabeza de cien hombres de su batallón, reconociendo por Monte-aguada la huela del enemigo, y habiéndose borrado esta, retrocedió con su fuerza hacia una vereda que marcaba un rastro muy reciente. Siguiendo su costumbre y los impulsos de su fogoso espíritu el malogrado jefe se adelantó al trote, con un capitán de voluntarios, tres prácticos asalariados y su asistente, quedando la infantería un poco retrasada, cuando a poco se oyó una nutrida descarga del enemigo que hizo avanzar a la carrera al capitán Ediger con los cazadores. Entonces hallaron éstos a su teniente coronel muerto de dos balazos y su caballo con tres, muertos asimismo por varios proyectiles el capitán de voluntarios y los tres prácticos, y herido dos veces el asistente, que espiró al siguiente día.

Inmediatamente cargó el capitán Ediger al enemigo, que emboscado trataba de envolver nuestra fuerza, y lo hizo retirar, causándole 13 muertos, bastantes heridos y dos ó tres prisioneros.

Si en nuestra patria hubiera llegado el día de estimular la abnegación de los vivos, premiando la memoria de las virtudes de los muertos, no dudamos que la angustiada esposa é hijos de este ilustre mártir de nuestra gloriosa enseña obtendrían una recompensa especial digna de la gratitud nacional.

X.

EXPLICACION DE LOS PEINADOS.

NÚMERO 1.º Todo el pelo levantado hacia la parte posterior de la cabeza; una trenza gruesa y colocada a manera de diadema; la vuelta hacia atrás para abarcar un manojo de bucles; *esprit* negro y blanco, y una pluma azul pequeña.

NÚM. 2.º El cabello de delante va puesto en *rouleaux* hacia atrás, con una armadura poco voluminosa; el pelo se distribuye de arriba abajo, teniendo cuidado de que la parte mayor ó más gruesa quede detrás de la otra, y de que forme también *rouleaux* hechos con armadura de tul; el pelo de atrás se coloca así mismo sobre dos armaduras, unido con un cordón que va a unirse con los *rouleaux* de delante. Castaña lisa cayendo sobre la espalda con dos tirabuzones no muy largos. Una barba de anejo rodea la castaña. En medio de la cabeza una pluma blanca y otra rosa. Lazos de este último color.

NÚM. 3.º Todo el pelo echado hacia atrás descendiendo en tirabuzones no muy largos, en medio de los cuales serpentean hilos de perlas sujetos de trecho en trecho con broches de myosotis.

NÚM. 4.º El peinado con que están representadas en el grabado estas señoritas, y que es propio de las muy jóvenes, se reduce a echar el cabello hacia atrás después de haberlo separado en dos mitades por delante, y se recoge con una cinta de *noire* encarnada; el pelo poco rizado flota libremente.

ULTIMO. Es el mismo peinado visto por detrás.

R*****.

PUENTE DEL DIABLO.

A la entrada de Martorell, antigua villa sitiada en la provincia de Barcelona, se levanta al pie de una elevadísima montaña el artístico monumento llamado Puente del Diablo, cuya copia nos ha remitido nuestro amigo y colaborador D. Eduardo Reventós, y publicamos hoy en la página 68 de LA ILUSTRACION.

¡Puente del Diablo! Tal denominación no cabe explicarla sino por la extraordinaria y fantástica osadía de su grande arco, cuya construcción no adierda á nombrarla el vulgo sino atribuyéndola á un poder sobrenatural y dando crédito á las curiosas invenciones y consejas que ha conservado una no interrumpida tradición, que ejerce su imperio entre las gentes sencillas de aquella comarca, aun en estos tiempos de escepticismo y descreimiento.

Aunque la destructora acción de los siglos ha borrado de la clave y de los muros ornatos é inscripciones, échase de ver, estudiando detenidamente la diabólica fábrica, que la obra es romana y que cometen un grave error los que suponen pertenece á la época de la dominación de los cartagineses, error en que incurren cuantos se fían y dejan llevar de la absurda inscripción que se lee en el nicho central del referido puente, cuyo deplorable epigrafe puesto para conmemorar la reparación hecha en 1768, consigna que el puente se construyó por el grande Anibal en el año 585 ántes de J. C., y que el arco triunfal origido á la entrada de aquel lo fué tambien por este caudillo en honor de su padre Amílcar. Los autores de la inscripción ignoraban, sin duda, que Anibal nació 265 años despues de aquella fecha, ó sea en el de 247 ántes de J. C., si la memoria no nos es infiel, y no recordaron tan poco las hazañas de Anibal en España, á las cuales puso término la destrucción de Sagunto, tuvieron lugar por los años 219 al 218, ni consideraron que como los cartagineses miraban la conquista de este país solo como una necesidad para invadir otras tierras, no habían de detenerse á fabricar monumentos de reconocida importancia en territorio que no era suyo, segun sus propios tratados solemnemente ajustados y confirmados por Asdrúbal.

El arco de triunfo es magestuoso; el puente se alza severo, imponente y sencillo, sirviéndole de base recios estribos y causando admiracion su extraordinaria gallardía y aquella atrevidísima ojiva, verdadera concepción del diablo, tan sutil que parece ha de llevarla el viento, y tan sólido, sin embargo, que mira imposible hace 2.000 años y desafia inmóvil á la corriente del Llobregat y del Noya unidas, cuyas furiosas avenidas han arrasado en algunas ocasiones no solo edificios sino poblaciones enteras.

Cuando la vía férrea de Barcelona á Valencia terminaba en Martorell y la estación provisional correspondiente á esta villa se hallaba emplazada en la margen izquierda del Llobregat; cuando aún no se había tendido el magnífico puente de hierro que se divide en segundo término en nuestro grabado, puente que sirve para el paso de los trenes, entonces nos causó más de una vez profunda emocion ver los coches-diligencias que hacían la carrera de Igualada, arrastrados por un tiro bruto de seis ó ocho caballerías y atestados de viajeros, cruzar el Llobregat por el Puente del Diablo, emocion que se convertía en verdadero terror en el momento en que el carroaje llegaba á la parte superior del puente y aparecía como suspendido sobre aquel abismo. Por fortuna las autoridades no tardaron en adoptar medidas dictadas por la prudencia, que acabaron con estas temeridades, pues la trepidación conmovía los pretiles é hizo necesaria su reparación; más apesar de aquellos excesos, que seguramente no hubieron de prever los que constreñeron el famoso puente, éste no se resintió nunca en su masa general.

Desde este airoso monumento, que está en uno de los puntos más agrestes, en el abrupto Congost, se descubre un paisaje bellísimo, limitado por los picachos del característico Monserrat, cuya falda lame serpenteando el Llobregat, que sigue deslizándose perezosamente por los términos de Olesa y Esparraguera, pasados los cuales recibe las aguas del Noya para acometer con brío al Puente del Diablo.

No deja de ser notable que en todas las comarcas de Europa existan puentes que llevan el nombre del Diablo. Concretándonos á Cataluña, pues que de ella hablamos ahora, se puede citar, además del que hemos descrito en estas líneas, otro con igual denominación construido sobre el Segre y tambien en uno de los sitios más agrestes que conocemos, entre Organyá y la Seo de Urgel.

LA SECCION CUARTA

DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

Ya en otra ocasión, no há mucho, pusimos á la vista de los lectores de LA ILUSTRACION algo de lo bueno que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. Hoy, á la ligera tambien—que otra cosa no consisten la ocasión ni el espacio de que disponemos—rogamos á quien no teme perder el tiempo en nuestra compañía, que la acepte, mientras le vamos haciendo hora y poniendo á la par ante sus ojos algunas cosas de las más notables que posee la Sección Cuarta del Museo, ó como generalmente la suelen llamar, el Salón Etnográfico.

Bien mirado, nada extraño tiene que los museos se hallen en ciudades ó barrios que jamás soñaran en darlos albergue. Cabalmente esta clase de establecimientos tienen, aunque no siempre, por objeto conservar restos y preciosidades de antigüedad ó procedencia remotas. Con todo eso, siempre llamará la atención hallar entre el barrio de Embajadores, el Rastro y las Penelas, el Museo Arqueológico, establecido en el Casino de la Reina, no por razon alguna científica, histórica ó tradicional, como el de Cluny de París, en el edificio levantado sobre las Termas romanas, mas porque no había otro lugar á donde llevarla. Ciertamente esta razon vale por treinta mil, como la del que no iba á los toros por no tener un ochavo; mas siempre se hallará el Museo Arqueológico como extraviado por sitios que le envidian, y, no si razon le disputan, la escuela industrial ó la de veterinaria.

Todo se andará, y pues las obras del edificio para museos y bibliotecas sigue, aunque no muy aprisa, cabe las alamedadas de Recoletos, Dios querrá que á la postrer halle en la nueva fábrica sitio más céntrico y cómodo abrigo el Museo Arqueológico Nacional.

Así sea.

I.

En la antigua estufa del jardín; al presente dividido en dos partes, de las cuales ha tomado una para sí la Veterinaria; estufa hoy convertida en hermoso salon, se hallan conservados cuantos objetos no pertenecen al arte europeo, ó mejor dicho, al clásico, en lo antiguo, y al arte en manos de la raza ariana, en lo presente. Todavía esta clasificación no es exacta; mas válganos la falta de espacio y de tiempo, que á decir verdad, no es infundada, y pasemos adelante.

Al entrar en el grandioso salon, dos figuras de indios de Otahiti, de buen arte y agradable aspecto, como que se adelantan á dar la bienvenida al recién llegado. El aspecto de aquella sección del Museo, es, con toda verdad, agradable y hasta grandioso. Los bronces que á primera vista llaman la atención; los haces de armas, en especial de América y Oceanía; las panoplias de armas blancas malayas, que á entrambas cabezas del salon se divisan; la multitud de objetos, que á la par llaman la atención y la distraen, mantienen el ánimo indeciso, si ya no es que toma la buena determinacion de empezar á ver por la derecha lo que más á mano se halla.

Así haremos nosotros, que en todo, y por ligera que sea la visita que nos proponemos, se necesita caminar con algun orden.

Lo primero, y de lo más digno de atención en que nos podemos detener, son los restos de Palenque. Figuras humanas, adornos y signos, hechos de relieve en piedra, hablan á la vista y traen á la imaginacion el recuerdo de aquellas inmensas ruinas, halladas mucho despues de la conquista española, y en las cuales, como que se vé el último lamento del pueblo Tolteca, superior al Asteca en civilizacion y cultura, segun lo acreditan los restos de sus artes. Y ya que de las ruinas de Palenque hablamos, diremos que en pocas cosas de América se hallará mejor indicado el origen asiático de su civilizacion que en aquellas. Como puede verse en la obra del abate Brasseur de Bourbourg, por ejemplo, á cada paso se hallan motivos de ornamentacion que parecen indios y aun egipcios, siendo de notar la frecuencia con que están representadas cabezas de elefantes, como si se tratara de monumentos de la India, y no de América, en cuyo hemisferio no recuerdan la historia ni la tradición la existencia de aquellos animales.

Armas con puntas de piedra, lanzas, flechas, venablos, mazanas y porras, que no son á veces sino gruesas ramas de árbol apenas desbastadas por la parte que sirve de asidero ó mango, ocupan buena parte de los armarios siguientes, ó de los que podemos llamar trofeos, y no se hallan entre cristales. Tambien se ven, de igual

manera dispuestas, algunas armaduras hechas de placas de bronce unas, y otras de asta, sujetas con anillas del metal ya mencionado, las cuales son por el estilo de las que forman las cotas de malla.

Despues, paseando la vista por los armarios, se ven los temibles lazos y bolas de los Granchos de Buenos-Aires, así como las descomunales espuelas y raras esribos que usap. Á la par están los calzones, que no son sino los de *correal* ó *setecado*, tan usados acá en España, en especial por cazadores y gente que se ocupa en rústicas faenas.

II.

Á vista y vuelo de pájaro vamos viendo el salon, de suerte que sólo nos detendremos breves instantes en los sombreros que se ven más allá, de hechura por extremo singular, tanto los que usan algunos indios de América del Sur, como el útil y pintoresco *salacas*, harto conocido en Filipinas, donde ha servido de grande utilidad á nuestros soldados, con gran ventaja para su comodidad y salud. De igual manera merecen especial mencion algunos sombreros del finísimo tejido llamado en algunas partes de América *jipijapa*; despues de los cuales ofrece contraste curiosísimo un armario lleno de trajes, verdaderos *water-proofs*, como si dijéramos, impermeables, cosa la materia de que están hechos, y proviene de ciertos pescados, al propio tiempo que es trasparente á la luz, preserva, cuando se halla sin rotura, de toda humedad. Cabalmente, encima de este armario se puede ver la manera que tienen los indios de imitar el arte europeo, en unos cuadros que representan asuntos religiosos, y tienen á trechos pedacitos de nácar embutidos.

Al llegar aquí, titubean los ojos entre detenerse en la hermosa panoplia—que tal la podemos llamar—de armas malayas, y unas figuras de extrañas formas, sobre las cuales se alza y desenvella la representación del Aguila Garuda. Allá, en lo alto, aletea, y parece como dispuesto á combatir aquel ser tan venerado de los indios, á quien representan, como se ve en nuestro Museo, en parte águila y en parte hombre. La disposición en que está, como apercebido á la pelea, nos lo muestra, sin duda, en el momento en que acude á Vishnú. En efecto, á éste, en su última encarnacion, y siendo el niño Rama, le salvó el ave sagrada de una sierpe que el gigante Ravana había sacado de su propia frente, enviándole en seguida para que matase al hijo del cielo, que siendo dios conservador, como Brahma se criador, había bajado á la tierra, sometiéndose á todas las miserias de la humanidad para salvarla. Aquel ídolo y demas que le rodean, provienen de la isla de Bali, inmediata á Java. Son notables, por su extrañeza, las figuras que se ven en torno del Aguila Garuda. Unas representan jóvenes zagalas, otras animales monstruosos, y otras son los *reikas* (*rakus* de los indios), ó custodios del templo, armados con sendas clavos. Unos y otros están pintados de diversos colores, entre los que predominan el verde oscuro y el amarillo.

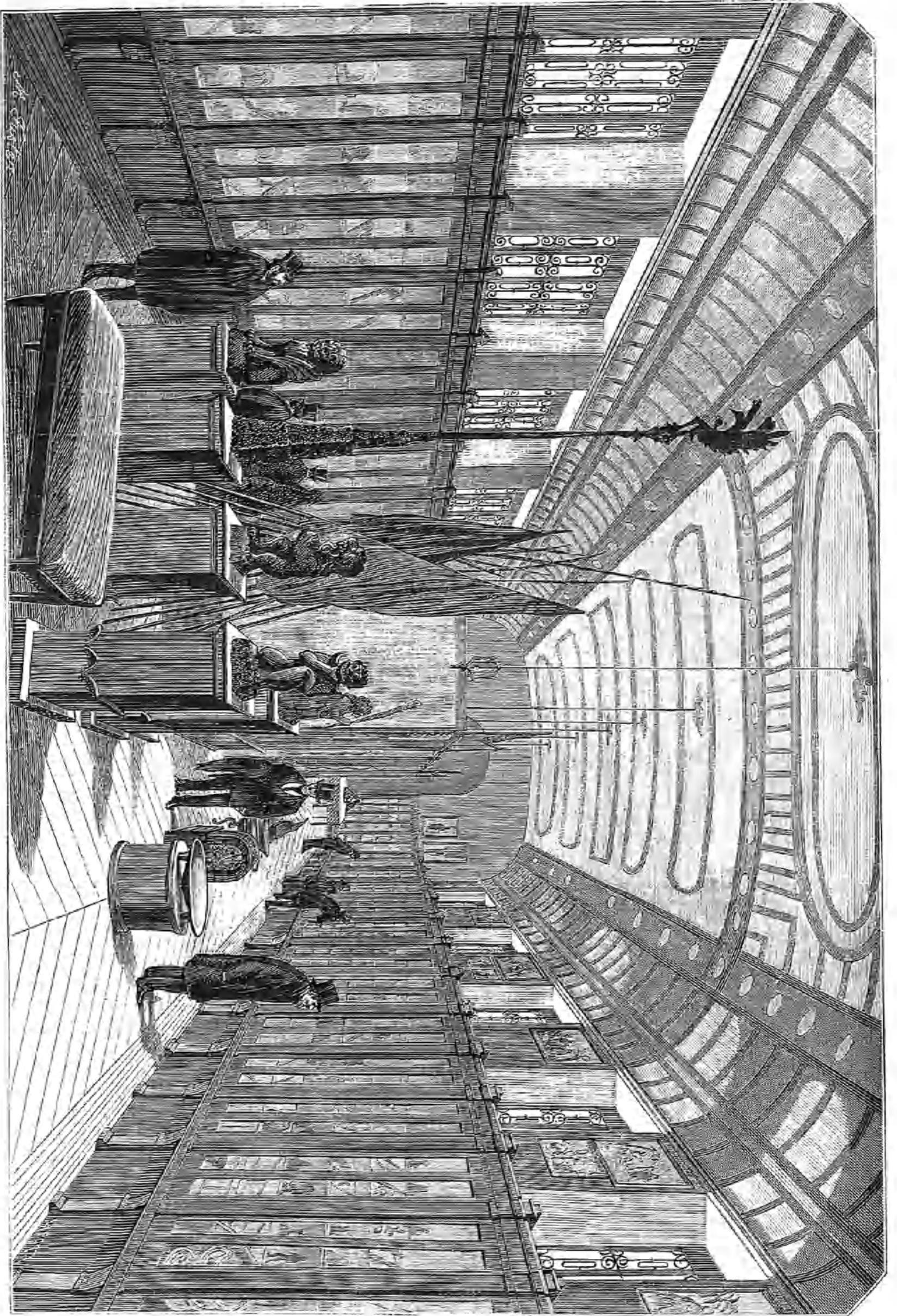
Al lado de estas figuras se ve una cabeza de Buda, que, en verdad, parece hermosa al lado de aquellas, á pesar de sus desmesuradas orejas y cabellos en forma de pasas. Háse dicho que no había en parte alguna de Java rastro que indicara la anterior existencia del culto de Buda, pero, entre otras razones de señalada importancia que se pudieran alegar, fuera la esbaza que posee el Museo, y cuya procedencia es conocida, una de las más importantes para desvanecer semejante opinion.

Debajo de las armas malayas mencionadas há poco, en las hojas, en especial las de hechura flamígera, demuestran el cuidadoso esmero que los hijos de aquella parte de Oceanía ponen en tener armas de mortífero efecto, hay en los estandartes, pequeños objetos, algunos de mérito singular. Como no nos es posible tener el paso, y lo que ha de ser este artículo no consiente otra cosa, mencionaremos, además de unas pinturas chinas en cristal, de procedencia dudosa, á nuestro entender, tres figuritas, preciosas y artísticamente talladas en sendos dientes de caiman, que representan pajaros, una de ellas, dama lujosamente vestida, y otra graciosa nodriza, cuyo rostro, apesar de la pequeñez de la figura, es de bella expresion y proporciones.

III.

Siguiendo para dar la vuelta al salon, dejando en medio los armarios centrales, de igual hechura y disposición simétrica que todos los que entran á lo largo de las paredes, se ven diversos instrumentos de música china, desde la flauta hasta una especie de salterio, y desde los platillos, que ya al presente tienen carta de naturaleza en Europa, hasta los que podríamos llamar ascendientes de nuestras bandurrias y guitarras, sin

UNA SALA DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE MADRID.



contar con uno muy singular, en que cada platillo es una nota. Venian á usarle apoyado en la cadera, como los griegos la lira, á la cual se parecia sólo en esto, que en nada le puede recordar el modo de tañerle.

No lejos de los instrumentos músicos, véanse otros de guerra, entre los que fuera imperdonable no mencionar las espadas, ó mejor sables de la verdadera India; esto es, de la Asiática, que por creer Colon habia dado con ella cuando descubrió el Continente Americano, dió el nombre de indios á los hijos de éste. Y aun despues, nosotros hemos hecho lo propio con los hijos de Filipinas, ménos fundados todavía que el gran descubridor. Los sables de que hablamos tienen notable, además de la forma singular del puño, la pequeñez de éste, que le hace muy poco apropiado, y aun punto ménos que inútil para manos europeas.

Pero la ley ineludible á que estamos sujetos nos hace pasar adelante con harta premura. Pinturas, objetos de adorno y utensilios de China, ocupan buena parte de los armarios que vamos recorriendo, en los cuales se pueden ver filigranas muy delicadas y dignas de admirarse. Despues, y como para contraste á la vista del arte de un pueblo en gran manera adelantado, se hallan objetos de uso diario de los pueblos salvajes, desde el adorno de la cabeza, hasta el calzado. Más allá se ven instrumentos de música; despues artes de pesca, luego... Sólo mencionando todos los que hay á la vista, llenáramos varios artículos, harto más extensos de lo que un periódico

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE MADRID.



PUTEAL.

menzamos hoy nuestra muy agradable tarea publicando en la página 72 la copia del magnífico Arco de Santa María.

Sabidas son las dificultades y la tumultuosa resistencia que opusieron las ciudades castellanas al reconocimiento y jura del joven príncipe-rey Carlos de Gante y las turbaciones que con este motivo ensangrentaron el suelo castellano apenas el monarca, recién venido á España, acababa de hacer su entrada pública en Valladolid al espirar el año de 1517.

Congregados los procuradores de las ciudades en el convento de San Pablo de dicha ciudad en el mes de enero de 1518, hizose ya intérprete del general disgusto que sentian los reinos, el celoso y enérgico diputado por Búrgos, el doctor Juan Zumel, disgusto que provenia de la preponderante influencia que empezaban á ejercer los flamencos en los destinos y gobernacion de España y de otras causas de todos conocidas.

Nuevas alteraciones del orden vinieron en 1519 y 1520 á servir de protesta contra los exorbitantes impuestos votados por las Cortes, contra la desvergonzada ambicion de los extranjeros que se habian apoderado de todos los más importantes empleos y dignidades, contra la venalidad de los oficios y cargos públicos, y contra la no interrumpida emigracion de la moneda española á los Países-Bajos; pues todos los dias se veian salir conductas de oro, de plata y de objetos preciosos en cantidades tan grandes que casi desaparecieron de Castilla los doblones llama-



AMPHORA.



OXYBAPHON.



HYDRIA.

de la indole de LA ILUSTRACION consienta. Mas no dejaremos de mencionar los sombreros cubiertos de preciosas plumas, algunos en muy buen estado de conservacion.

Armas y utensilios de piedra, ídolos y hachuelas de cobre, ocupan notable espacio, y bien merecen, por lo singulares, que se detenga en ellos un poco la atencion. Tambien se hallan de trecho en trecho objetos de arte y de uso diario, que imitan al arte europeo, pero con notables modificaciones en la ornamentacion algunos, que demuestran haber sido hechos por raza distinta de la nuestra. Antes de llegar al fin del salon, por esta parte, mencionaremos un ídolo de gran tamaño, de porcelana, cuya excelencia aerece la pena en quien le mira, de verle roto, si bien se halla restaurado de la mejor manera

que ha sido posible. Otro vaso, de tamaño casi igual, mencionaremos, digno por su forma y adorno de mencion especialísima. Viene de Méjico, y es, además de su belleza relativa, notable por no haber muchos objetos en el Museo Arqueológico procedentes de la hermosa y desventurada Nueva-España.

(Se concluirá.)

FERNANDO FULGORIO.

ARCO DE SANTA MARIA, EN BURGOS.

Desearnos ir dando á conocer en las planas de LA ILUSTRACION las joyas arqueológicas y artísticas que se conservan en la monumental ciudad de Búrgos, y co-

dos de á dos, moneda la más estimada, por lo cual se hicieron populares estos apóstrofes con que se saludaba al extraviado doblonero que venia á parar á las manos de alguno de nuestros antepasados:

«¡Doblon de á dos! No sabuena estedes
Que con vos no topó Nevres.»

«Sálveos, Dios, ducaño de á dos
Que monsieur Nevres no dió con vos.»

Entonces salió nuevamente de su quietud Búrgos, asociándose al movimiento insurreccional de Toledo, Segovia, Zamora, Madrid, Guadalajara, Soria, Cuenca, Toro, Avila, etc., ensañándose con el procurador Ruiz de la Mota y tomando una parte muy activa en los aconte-

tecimientos que precedieron á la guerra de las Comunidades.

Esta misma ciudad de Burgos, que con tan enconado empeño se había alzado en armas contra los derechos que el emperador Carlos V tenía á la corona de Castilla, erigió después en honor del monarca y dedicó á su mayor gloria el hermoso monumento llamado Arco de Santa María, que se halla situado á la entrada de la capital en la cabeza del puente que reune las descuidadas calzadas de Madrid y de Valladolid.

Mucho se ha escrito sobre este soberbio monumento; nosotros quisieramos decir algo nuevo y describirle menuda y extensamente; pero la falta de espacio nos obliga á renunciar á esta gratísima empresa; por fortuna basta examinar nuestro grabado para apreciar todos sus detalles.

El arco de Santa María está flanqueado por seis torres almenadas de buena piedra de Ontoria y se compone de tres cuerpos: el arco de tránsito, dos columnas grotescas que le sostienen y en las enjambes dos medallones con bustos de guerreros en relieve forman el primer cuerpo. Seis ornacinos ó nichos compartidos por estípites, contienen en el segundo otras tantas estatuas que representan, empezando á contar por el lado izquierdo inferior, á Nuño Rasura, juez de Castilla; al conde Diego Porcello, repoblador de la ciudad, y al famoso Lain Calvo; por encima de estas tres siguen el mismo orden las imágenes de Fernán-González, conde soberano de Castilla; la de Carlos V, colocada sobre un pedestal más eminente que los otros, y la del Cid, que es de labor muy tosca: en el timpano del arco semicircular realizado en el centro de esta segunda zona, se vé la estatua del Angel Custodio tutelar y patrono de la ciudad. Corona el edificio un ático de gusto romano que contiene una Virgen sentada y con el niño sobre las rodillas. A los extremos del andén que forma la línea divisoria, entre las zonas superiores, se encuentran dos heraldos armados de mazas con el blason de la ciudad en los correspondientes escudos. En el centro de la barandilla se levantan las columnas del *Plus Ultra*.

En esta hermosísima fachada se leen las inscripciones que siguen, dispuestas en los pedestales de las estatuas.

Cerca del Angel Custodio, en una cinta aparente de pergamino enrollada por los extremos:

TE CVSPDEM VRBES STATVIT QUI CUNQVA GVERBAT
TV TIBI COMMISSO POPVLYM TOTARE PATRESQVE.

La de Fernán Gonzalez dice así:

FERNANDO GONZALEZ FORTIS CIVIVELORVM
FVLSORI ET FVLINI.

La del emperador,

D. CHARLES V. MAX. ROM. IMP. ANG. GALL. GER.
AFRICANORVM REGI XVNETIS.

y más abajo se lee:

S. P. Q. R. AL.º D. C.º

La del Cid,

CVB RVB DIZO BORDIS, CVI MAVROLVM MAVOI TERRABILIOVE.

La de Nuño Rasura,

NUÑO RASURE CIVI SAPIENTIS CIVITATIS OLIVEO.

La de Diego Porcello,

DIEGO PORCELLO VIRI FRAVOLARIS VIRIO ALFERI.

y en el escudo de armas que Porcello tiene á su derecha:
CIVITAS QVCE REGES PEPERIT ET REGINARE RECUPERAVIT.

Por último, Lain Calvo tiene el elogio que sigue:

LAINO CALVO, FORTIS CIVI GLADIO CALERQVE CIVITATIS.

X.

LOS CONCIERTOS Y EL CIGARRO.

Con el mismo brillantísimo éxito que en años anteriores, han comenzado en el presente los conciertos por la Sociedad de profesores que, con beneplácito general dirige el celebrado artista D. Jesús de Monasterio. El espacioso y elegante coliseo, propiedad del opulento banquero D. Simon de las Rivas, es insignificante para contener el numeroso público que llena por completo todas las localidades, sirviendo muchas veces de refugio los pasillos, para aquellas personas cuyo nervio auditivo sufre tormento bajo la impresión de un calor muy elevado ó de las azúladas espirales del humo de los cigarrillos que confeccionan *parres-moi le mol*, una deliciosa neblina, capaz de amortiguar no organismo musical; ménos delicado que la fina epidermis de las bellas damas que ostentan sus galas en palcos y butacas.

La prensa de Madrid, á fuer de galante, ha tomado la defensa del bello sexo, pidiendo con insistencia la desaparición del cigarro durante el corto tiempo que dura la ejecución de las obras que anuncia el programa. ¡Vano empeño! Cuando la Dartaux, Puget y Troy hacían las delicias del público, las representaciones de *Mignon*, *Le songe d'une nuit d'été* y *Freyshütz*, salían envueltas en una densa atmósfera de humo. ¡Qué importancia que Mignon ó Titania, Sheakespeare ó Falstaff, Marx ó Gaspard se vieran expuestos á un mal rató á consecuencia de aquella aspiración forzosa de nicotina! Nada; el público fumaba tranquilamente, sin ocuparse lo más mínimo de la laringe de aquellos apreciables artistas.

¡Un gallo! Y ¿qué importa un gallo? Un gallo se chichea y vamos andando. Pero la voz se quiebra con mucha facilidad, y una de las causas puede ser precisamente...—Y ¿á mí qué me cuenta usted! Yo fumo porque hay muchos que hacen lo mismo. Que todos esos señores apaguen sus cigarrillos y yo apagaré en seguida el mío.

Y los periódicos insistían en que no se fumase, pidiéndolo, como es natural, en nombre de las señoras; pero sus ramos se estrellaban ante el estoicismo de gran número de espectadores que seguían impávidos su *hasmucós* tarea, tal vez por eso mismo, porque había quien aplicase la desaparición de esta fea costumbre.

Hoy el escenario presenta un aspecto bien distinto del que presentaba en la época á que nos referimos. El palacio incendiado de *Mignon*; la taberna, lugar de las hazñas de Falstaff y refugio de la reina Isabel de Inglaterra en el primer acto de la creación de Sheakespeare y Ambrosio Thomas; el antro infernal en donde Gaspard fundía sus célebres balsas; todo ha desaparecido; el gas que alumbraba aquellos espectáculos inclusive.

Hoy los conciertos se verifican á las dos de la tarde; Monasterio se coloca muy cerca del sitio asignado al apuntador en las funciones de noche. A derecha é izquierda de Monasterio, un bosque de arcos; en frente tres divisiones; tres líneas paralelas. En la primera los violones; en la segunda madera y trampas; en la tercera Verdi; el metal de grueso calibre con sus adyacentes de timbales, bombo y platillos, triángulo y caja viva. Total noventa y siete instrumentos que suponen otros tantos profesores. A excepción de una celebrada artista, para la que el público ha tenido siempre respeto y admiración y cuya presencia se hace muy notoria cuando se dejan oír los argentinos acordes del arpa en las overturas de *Mignon*, *Struense* ó el *Parlo de Ptoemel*; á excepción de la eminente profesora señora Roaldés, todo el personal restante pertenece al sexo feo: todos son hombres.

La clara luz de las primeras horas de la tarde; el aspecto varonil y la hora crítica de las dos, todo predispone al suicidio para el que se ve precisado á fumar cigarrillos nacionales de los de á siete cuartos la cajetilla; y al placer supremo para el que, bastante afortunado, puede saborear la placida calma de Haydn, las sombrías divagaciones de Beethoven, las chispeantes ideas de Auber y Thomas y las inmensas explosiones de instrumentación del gran Meyerbeer, entre el grato sabor de un rico veguero ó de una magnífica breva de la Vuelta de Abajo.

En todos los conciertos hay dos intermedios que duran quince minutos cada uno: en suma media hora, tiempo más que suficiente para paladear cuatro ó cinco tomas de nicotina ó un buen puro habano. Pero esto no basta; es preciso fumar oyendo música, y sobre todo, la gran razón: es preciso fumar porque... es preciso fumar, y porque somos así y no hay que darle vueltas.

Trajo Arderius la compañía bufa. Todo el mundo decía: ¡Escándalo! ¡Inmoralidad! ¡Las madres no pueden llevar al teatro á sus hijas! ¡Hoy amos! Y el teatro se llenaba todas las noches y Arderius se hizo rico.

Comenzaron los conciertos de verano en el jardín del Buen-Retiro. Anunciaba el programa:—El jardín estará completamente iluminado: entrada general, ocho reales—y el público no cabía en el local. En cambio decía lisa y llanamente:—Entrada general, cuatro reales—y no iba nadie. El director y los profesores eran los mismos; el programa escogido como todos, pero el jardín no estaba completamente iluminado, y ¡quién se atreve á oír música que no esté completamente iluminada!

Se cantó en la Ópera la *Africana* y hubo un escándalo como no hay ejemplo desde que existe dicho coliseo. Hace pocos días anunciaban los carteles la cuarta ó quinta, no recordamos bien, representación de la *Africana*, y *tutti contenti*.

En el tercer concierto se tocó la magnífica overtura de *Rienzi* original del célebre Ricardo Wagner, llama-

do el músico del porvenir. Los procedimientos empleados por Wagner en esta obra, están muy lejos de ser originales; no había nacido el autor de *Zobmyn* cuando habían sacado de ellos partido varios ilustres compositores que se vieron escarnecidos y vilipendiados algo más que el maestro favorito del rey de Baviera, por más que luego la posteridad haya hecho á aquellos justicia. Y sin embargo, tratar de defender en Madrid á Wagner es un delito para muchos músicos que aplauden á rabiar, por ejemplo, las series cromáticas de *setimias disminuidas* empleadas por Beethoven, Meyerbeer y otros autores en las descripciones de ans tumpstades, los *armónicos* de los violines y otros muchos efectos que están recomendados en los tratados de instrumentación, y se indignan, gritan, critican y se enfurecen cuando estos mismos procedimientos se hallan en una obra de Wagner. Lo que allí es una belleza de primer orden, aquí es una *alta de gritos*; lo que allí es un efecto original, aquí es una *ensalada de camarones*; y hablan los enfurecidos con toda la fuerza de sus pulmones, y sacan á relucir la dulce calma de Haydn, la *dicción facilidosa* de Bellini, y otras mil y mil tonterías que redundan en descrédito de un arte que está hecho para algo más que para hacer cosquillas en los oídos.

En el último concierto hubo un señor que silbó el *Rienzi*. Si le pareció malo, hizo muy bien; pero estamos seguros que este mismo señor se hubiera entusiasmado y roto las manos, aplaudiendo la sublime overtura del *Parlo de Ptoemel*. Pero el *Parlo* es de Meyerbeer y el *Rienzi* de Wagner; que tal vez haya en aquella más *verenas* que en ésta, ¿qué importa! Meyerbeer era un grande hombre; Wagner es un estúpido y

El silencio ca tanto sin estar nacido
Por el silencio trasciende del vacío.

Después de todo lo que acabamos de decir, ¿se extrañará nadie que no se puedan evitar las columnas de humo que tan *poético* efecto prestan al teatro de Madrid en las tardes de concierto?

—¡Muera el género bufo! ¡Y Arderius se hizo rico.

—Entrada general, ocho reales; el jardín completamente iluminado.—Y la Sociedad de conciertos hizo su agosto.

—¡Qué *Africana*! ¡Esto es un escándalo! ¡Que salga el empresario! ¡Escupe, *gachó*! ¡Fuera, fuera!—A los tres ó cuatro días un periódico: «Ayer fué muy aplaudida la tercera representación de la *Africana*».

—¡Bravo! bravo! ¡Otra, otra! ¡Esto es inmenso, es magnífico, increíble, fenomenal! ¡Qué sinfonía en *do menor*, qué *Struense*, qué *Parlo*, qué *Leona*! ¡Esto es escribir, ¡viva Beethoven, viva Meyerbeer!—Fuera; esto crispas los nervios; esto es horrible! ¡Vaya una grillera; vaya una confusión! ¡Fuera *Rienzi*, fuera Wagner!

—Hombre, reflexione Vd. que puede Vd. fumar durante los intermedios; las señoras están desazonadas con el humo; es impropio de la cultura y de la galantería lo que se hace en este teatro. Hombre, deje Vd. de fumar que luego podrá Vd. hacerlo á sus anchas; tire usted ese cigarro.—Pues no señor, no lo tiro porque no me da la gana. ¡Ve Vd. todos aquellos señores que están fumando lo mismo que yo? Pues hágalas Vd. las reflexiones que á mí me ha hecho, y entonces dejaré de fumar, y *si non, non*.

Porque somos así y no hay que darle vueltas.

ANTONIO PESA Y GONZ.

LA VISITA.

Habiéndonos propuesto dar á conocer á los suscritores de nuestro periódico las más bellas producciones de los artistas españoles contemporáneos, publicamos hoy en la página 73 de *La Ilustración* la copia de uno de los cuadros pintados por nuestro distinguido amigo don José Casado del Alisal.

Campean en *La Visita* todas las cualidades que brillan en las mejores obras de este hábil artista: corrección en el dibujo, vigor y riqueza en el color y sobre todo ese buen gusto en la composición indispensable en los cuadros de este género, y sin el cual decan y se oscurecen las perfecciones de procedimiento. *La Visita* es propiedad del Excmo. señor marqués de Portugalé y forma parte de su escogida galería.

M.

EL MURCIÉLAGO.

(CUENTO ALEMÁN.)

Por odio que se tenían,
O por otras causas graves
Que ni ellos quizá sabían,
Guerra mortal á las aves
Los cuadrúpedos hacían.

Ya deshachos como espuma,
Ya iracundos como el mar
Los dos partidos, en suma,
Iban perdiendo á la par
Quién el pelo, quién la pluma.

Solo feliz y contento
El murciélagó vivía,
Pues á la victoria atento
Dando su chillido al viento
— ¡ Viva quien vence! decía.

Y como el gran camastrom
Es neutro, según se sabe,
Pillaba siempre turrón,
Siendo con los unos ave
Y con los otros ratón.

Cansados de guerra al fin,
De avenirse hallaron modos
Repartíendose el botín,
Y rechazados por todos
Fué el animalejo ruin.

Desde entónces sin cesar
Solo de noche se arroja
El murciélagó á volar,
Que aun siendo vil, le sonroja
Que se lo puedan llamar.

MANUEL DEL PALACIO.

MODAS.

Madrid 8 de marzo de 1872.

Dos cosas van cambiando de forma de una manera rápida; las faldas de los vestidos y el peinado: ni las primeras arrastran, ni los segundos caen ya sobre la espalda.

Ya que no otra ventaja, la nueva ley de la moda tiene la del uso: los vestidos llamados *de media cola*, se rompan y se deterioraban más que los de cola entera.

En cuanto á los peinados, los cuellos muy anchos que se inventaron el pasado invierno, y que tan corta vida han tenido, dicen hasta qué punto aquella forma de disponer el cabello perjudicaba á los cuerpos de los vestidos.

Todos los trajes se hacen hoy con falda corta como hace seis años, y tan corta, que deja ver todo el pié: algunas modistas inteligentes, pensaban que sólo sería esta forma para las telas fuertes del invierno, como el terciopelo, el paño y el satén; pero los nuevos modelos de primavera, de género mucho más ligero, como gros, faya y foulard, traen exactamente la misma.

Dicen algunas señoras, que el traje corto quita majestad y elegancia á la mujer; no convengo más que en lo primero: con falda ceñida y de *paso corto*, había en el siglo pasado mujeres tan elegantes como en el nuestro, y bien equivale la vista de un lindo pié, estrecho, arqueado, elegante, á la vista de media vara de tela que barre el suelo: la elegancia de la falda corta y ceñida, si no es majestuosa, es graciosa, y los bonitos piés están de enhorabuena.

Al acortarse los trajes, se ha subido el peinado, y era natural, pues el carácter de la moda está acorde casi siempre: los rodetes altos descubriendo el nacimiento del cabello en la nuca, tienen también su sello notable de coquetería, de *gracia española*, por decirlo así: los cuellos esbeltos se lucen perfectamente, y los que no lo son, lo parecen ahora que se ven libres de las pesadas cascadas que antes los cubrían y abrumaban.

Se lleva sobre el rodete una peineta no muy grande, pero de forma especial: no pueden utilizarse las que

sirvieron á nuestras madres y abuelas, con buen éxito: las de hoy son de distinta forma.

* * *

No llegan de París grandes novedades: las primeras familias de la aristocracia se hallan fuera de la capital, y hasta la aristocracia de la banca está en el extranjero; una amiga que reside en París, y á la que pregunto noticias ciertas que poder comunicaros, me escribe lo siguiente:

«Muy poca cosa puedo decirte; no hay bailes ni fiestas nocturnas: los palcos de la Ópera, de los Italianos y de la Comedia Francesa, están cerrados. La alegría es sin animación; la esperanza sin mañana, y un malestar indescriptible, pero cuyo punto de partida es completamente moral, reina por todas partes y se hace cada día más intenso.»

Sin embargo, otra dama residente también en París, me habla de un vestido delicioso que le han hecho para asistir á una comida de etiqueta, y que es de un estilo tan nuevo como elegante.

Consta de una falda de raso negro redonda y toda plegada, y de una túnica de cola de raso azul: esta túnica, lleva al borde un rico encaje blanco, al que sirve de cabeza un bias de raso negro; forma delantal corto, y por detras se despliega, como queda dicho, en una espléndida cola: un lazo de raso azul, con largas caídas adornadas de encaje, señala el talle por detras, y el cuerpo se abre en el pecho, dejando ver una camiseta de encaje blanco: otro encaje guarnece las mangas estrechas, pero abiertas hasta el codo; un lazo de raso azul sirve de hombrera.

Como traje de visita y paseo muy lindo, citaré uno de reps de seda gris de lino: el bajo de la falda, que es corta, está adornado con un volante fruncido, separado con un bullón de la misma tela, y por una franja de borlas del mismo color: la túnica, ceñida por delante y muy hueca por detras, está guarnecida de un ancho bias de terciopelo negro: las mangas de codo son muy ajustadas: una vesta ó casaca sin mangas, de terciopelo negro, completa este traje, con un sombrero de terciopelo y encaje negro, adornado de una pluma gris.

* * *

Hablemos de trajes más modestos, que no por serlo, son más bonitos.

Para visitas de confianza, es muy apropiado, y sirve también para paseo, uno de merino fino azul, de un matiz vivo que ahora acaba de hacer su aparición: participa del celeste y del Prusia, y es más bello que estos dos: la falda corta y con poco vuelo, se adorna con cinco bieses pequeños de terciopelo azul: cada uno de estos bieses llevan un grueso vivo de raso azul también.

Segunda falda, cayendo mucho por detras: por delante queda muy corta y ceñida; al derredor lleva otro bias igual á los de la primera: el cuerpo á la inglesa y con faldones que se abren graciosamente en los costados, no lleva otro adorno que unas solapas de raso, puce queda abierto en el pecho en forma de chal.

La manga, semiancha, tiene en la parte inferior una gran vuelta á la francesa, rodeada de un bias de terciopelo con vivo de raso.

* * *

El color de rubí y el azul son los dos preferidos en París por las damas más distinguidas; en la reunion semanal del duque de Aumale, y en las recepciones de confianza que tiene los domingos la condesa de París, no sólo las princesas de la familia, sino casi todas las señoras que asisten, usan estos dos colores.

Se lleva también en París un remedo de nuestra graciosa mantilla, prenda esencialmente española, y que todas las demas naciones nos envidian: las más distinguidas damas francesas han inventado una gran capucha que forma pelerina, y que tiene largos cabos: se cruzan estos en el pecho y se enlazan por detras en el talle: la capucha se prende en la parte superior de la cabeza un poco hacia atras del peinado, y de modo que deje ver un lazo ó una rosa al lado izquierdo.

Las damas españolas entienden mejor todo el partido que se puede sacar de la mantilla, porque me han asegurado que para Semana Santa se están haciendo muchas de las llamadas *de mujer*, y que serán el preciso complemento del vestido corto y del peinado alto, que tan bien sienta á las hermosas cabezas femeninas.

MARÍA DEL PILAR SINDÉS DE MARCO.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CIENTO ORIGINAL

EN

D. ALVARO ROMEA.

(Continuación).

—¿Te acuerdas del día que murió mi madre?...
Pepe hizo un movimiento involuntario y no respondió.

Cármen entónces volvió á decirle:

—¿No te acuerdas de aquel día?

—Sí, contestó Pepe turbado. Y serenándose al punto, añadió:

—¿Y me quieres hacer el favor de decirme á qué viene esa pregunta?...

—Viene... respondió la chica aumentando la palidez de su rostro, porque no puedo pasar más tiempo sin recordártelo!...

—¿Qué dices! exclamó José leyendo en la turbacion de Cármen todo lo que queria decir con aquella pregunta.

Un profundo silencio siguió á las últimas palabras del muchacho.

La agitacion de Cármen habia llegado á su colmo. Estaba enfrente del hombre á quien adoraba, del que dependia su porvenir.

El recuerdo del pasado agolpábase en su memoria, y su corazón latía con tal fuerza que parecia quererle partir dentro del pecho.

Viendo que Pepe no tenia trazas de responderla, rompió ella misma el silencio, provocada por sus últimas palabras, diciendo:

—Vamos, Pepe, ¿ve que espero tu respuesta!

Y él á su vez la dijo:

—Permíteme, Cármen, que te haga yo también una pregunta. ¿Te acuerdas tú de lo que te dije el día aquel á partir del cual no nos hemos vuelto á ver?... Si por ventura lo olvidaste yo te lo repetiré!...

—¿No, por Dios! exclamó Cármen interrumpiéndole. ¡Aún resuenan en mis oídos tus desgarradoras palabras!... Mas José de mí alma... ya no soy yo la misma, ¡ahora *horo!* y ¡*horo macho!*

Y si mi boca no eres
Que te dice la verdad,
Preguntáselo á mis ojos
Y ellos te responderán!...

—Cármen, exclamó Pepe sin que le hicieran efecto aquellas frases: te lo dije entónces y te lo repito ahora ¡*qué das horror!*

—¿Pero si no es por mí por quien vengo ha hablarte! dijo con acento desgarrador el muchacho.

—¿Y si no creo en tu alma, como quieres que crea en tu honor! exclamó Pepe.

—Es decir que tú y yo...

Cármen quiso concluir, pero la voz se le heló en su garganta, y entónces Pepe concluyó la frase diciendo:

—Hemos acabado para siempre!

—¿Y eres tú el que me has dicho que no tengo corazón!... repuso Cármen sollozando.

Y Pepe, separándose de ella sin curarse del estado de agitacion en que la dejaba, marchóse diciendo:

—¡Hija, qué quieres!...

Lograste con tus traiciones
Y con darme tan mal pago,
De un corazón tan leal
Hacer un escarmentado.

En cuanto Pepe se alejó faltáronle las fuerzas á Cármen y cayó de rodillas en el suelo, diciendo al mismo tiempo:

—¡No estoy aún bastante castigada, madre mía!...

La aurora empezaba á anunciar el nuevo día, y Cármen por miedo de ser descubierta levantóse como pudo y á fuerza de muchos trabajos logró entrar en su casa, sin que el Sr. Francisco llegara á apercibirse de la salida nocturna de su hija.

XVI.

Á partir del día que Manolo escribió á sus padres, despues de su penosa enfermedad, tuvieron, tanto ellos como María, periódicamente cartas del muchacho.

María también le escribía muy amenado, haciendo de ese modo más llevaderos los dolores de la ausencia.

Sin embargo que á la pobre niña se la conuecian bien sus disgustos, pues estaba muy desmejorada desde la partida de su novio.

Ya se lo decía ella, temiendo que á su vuelta no la habia de conocer.



Cuando me vuelvas á ver,
Ya no me conocerás;
Que acaba más una ausencia
Que un año de enfermedad.

El por su parte solía contestar á los infundados temores que su novia mostraba de que pudiera olvidarla viviendo tanto tiempo lejos de ella, diciéndola:

Es amor en la ausencia
Como la sombra,
Que cuanto más se aleja
Más cuerpo toma;
Ausencia es aire,
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande.

Convencida la muchacha de sus injustas sospechas, le escribía:

Suspiros que de mí salgan
Y otros que de tí vendrán,
Si en el camino se encuentran;
¡Qué de cosas se dirán!

Diciendo estas y otras cosas más bonitas que no son del caso repetir, pasaron los dos amantes el tiempo que ha trascurrido desde la enfermedad del muchacho, que como he dicho en el capítulo anterior, eran unos tres meses poco más ó ménos, puesto que la enfermedad de Manolo y la muerte de Petra fueron casi simultáneas.

Pero como parece que el demonio se entretiene en que los seres humanos no tengan nunca punto de tranquilidad, un día recibió la hija de Antonia una carta muy lacónica de Manuel, concebida en estos términos:



Manolo de mi abuelo

En este momento salgo de Madrid (donde se hallaba de guarnición), con mi batallón, en dirección á esa provincia donde se han amotinado algunos pueblos. No te puedo escribir más. No te asustes, porque después de todo no hay mal que por bien no venga, pues será fácil que, si nos acercamos por mi pueblo, vaya á verte, aunque no sea más que un día. Te quiere con todo su corazón tu

MANUEL.

(Se continuará)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	58 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »

IMPRESA DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MATUTE, 5.

